

Luigi Garlando



¡Llegamos a la final!



se

Lectulandia

Los partidos se suceden a un ritmo frenético, y cada vez quedan menos equipos para competir en el campeonato nacional de fútbol siete. El equipo de Sara tira de nuevas tácticas para conseguir llegar hasta la final de San Siro. Por si la presión de los últimos partidos fuera poco, los Cebolletas no paran de meterse en líos y tener disputas internas. ¡La víspera de la final está cargada de expectativas!

Luigi Garlando

¡Llegamos a la final!

¡Gol! - 35

ePub r1.0

Titivillus 26.04.2021

Título original: *Finalissima a San Siro*

Luigi Garlando, 2013

Traducción: Santiago Jordán Sempere

Ilustraciones: Marco Gentilini

Diseño de cubierta: Marco Gentilini

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Proyecto Scriptorium

epub  libre



Más libros,
más libres



A los especialistas en penaltis

Luigi Garlando

¡Llegamos a la final!



ILUSTRACIONES DE MARCO GENTILINI

¿QUIÉNES SON LOS CEBOLLETAS?

Los Cebolletas son un equipo de fútbol. Han ganado una liga, pero para ellos la diversión y la amistad siempre serán más importantes que el resultado. A la pregunta de si se sienten pétalos sueltos, responden: «¡No, somos una sola flor!».

GASTON CHAMPIGNON ENTRENADOR

Ex jugador profesional y chef de alta cocina. Nunca se separa de su gato, Cazo. Sus dos frases preferidas son: «El que se divierte siempre gana» y «*Bon appétit, mes amis!*».



TOMI DELANTERO CENTRO

El capitán del equipo. Lleva el fútbol en la sangre y solo tiene un punto débil: no soporta perder.

NICO
ORGANIZADOR DEL JUEGO

Le encantan las mates y los libros de historia. Antes odiaba el deporte, pero ahora ha descubierto que en el terreno de juego la geometría y la física también pueden ser de gran utilidad...



BECAN
EXTREMO DERECHO

Es albanés y, aunque dispone de poco tiempo para entrenarse, tiene madera de auténtico crack: corre como una gacela y su derecha es inigualable.



LARA Y SARA
DEFENSAS

Pelirrojas y pecosas, se parecen como dos gotas de agua. Antes estudiaban ballet, pero en lugar de hacer acrobacias con la pelota se pasaban el día luchando por ella...



FIDU
PORTERO

Devora el chocolate blanco y le apasiona la lucha libre. Cuando ve el balón acercarse a la portería, ¡se lanza sobre él como si fuera un helado con nata!

JOÃO
EXTREMO IZQUIERDO

Un *menininho* de Brasil, el paraíso del fútbol. Tiene un montón de primos mayores, con quienes aprende samba y se entrena con el balón.



DANI
RESERVA



Sus amigos lo llaman Espárrago (y no es difícil adivinar por qué). Sus tres hermanos juegan al baloncesto, pero a él siempre se le han dado mucho mejor los remates y los cabezazos...

PAVEL E ÍGOR
DELANTEROS

Dos gemelos rubios de lo más avisados y rápidos, que en el campo tienen por costumbre charlar sin parar.



JULIO
EXTREMO DERECHO



Es velocísimo, da unos pases extraordinarios y ha jugado con los Tiburones Azzules y luego en el Real Madrid con Tomi.

RAFA
DELANTERO CENTRO

Acaba de llegar de Italia, donde jugaba con el equipo juvenil del Roma. Es alto, rubio y lleva el pelo largo.



AQUILES
MEDIOCAMPISTA

Es el matón de la escuela, pero le gusta el fútbol y, para entrar en los Cebolletas, ha decidido suavizar un poco sus modales.

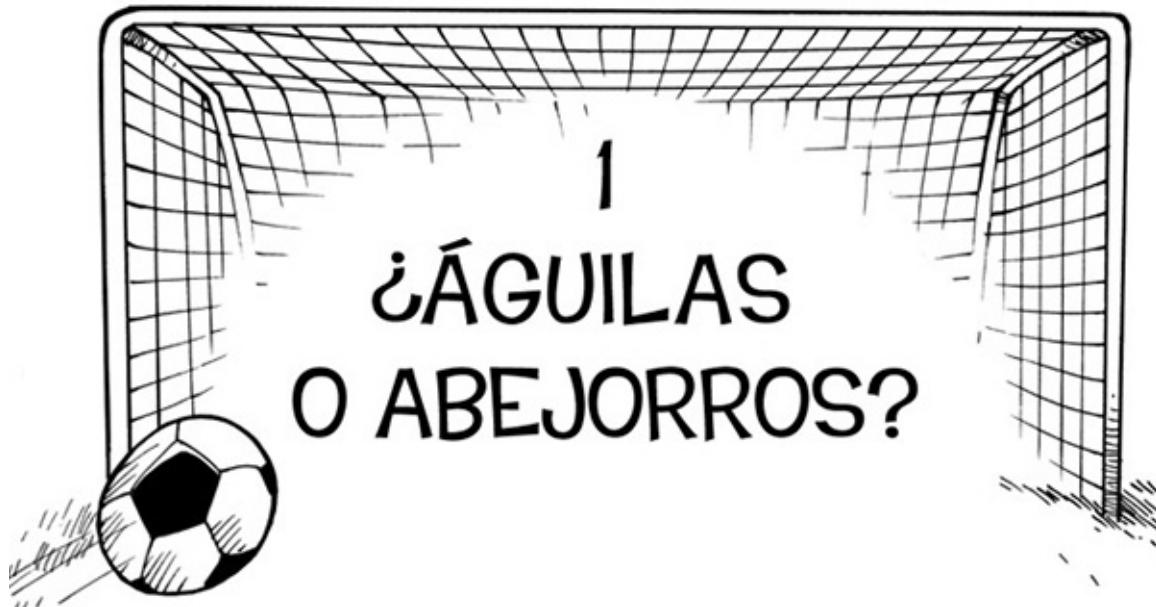
ELVIRA
DEFENSA

Era la capitana y una de las mejores jugadoras del Rosa Shocking. Tiene una hermosa trenza negra y es muy guapa.



BRUNO
CENTROCAMPISTA

Ex número 10 de los Diablos Rojos. Es fuerte como un toro, pero tiene un corazón de lo más tierno y adora a los animales.



Armando está conduciendo el autobús número 54.

Siempre se ha sentido afortunado como chófer, porque la línea que le ha tocado pasa por el barrio en el que vive y así, cada vez que recorre el paseo de la Florida, ve su casa y puede saludar por la ventanilla a los amigos con los que se cruza por la calle, e incluso distinguir a Tomi jugando en la parroquia de San Antonio de la Florida.

En el fondo, su trabajo se parece al de un barquero: recoge a la gente de su zona, la lleva a la Moncloa o al centro de Madrid, saluda a la puerta del Sol y luego vuelve al barrio con otras personas a bordo.

Al doblar la última curva antes de la parada de la parroquia, Armando advierte a una multitud agolpada bajo la marquesina.

«¡Vaya, cuántos pasajeros! —comenta para sus adentros el padre del capitán—. No van a caber en el autobús. Más de uno se tendrá que quedar esperando al próximo. Pero ¿por qué hay tantos? No es hora punta...».

Armando se detiene y aprieta el botón que abre las puertas.

El primero en entrar es Nico, que sube de un salto ágil y anuncia a todo el mundo:

—Queridos pasajeros, les rogamos perdonen las molestias, pero tenemos el placer de comunicarles que el conductor de este autobús, el señor Armando Ferrero, ¡es el nuevo concejal de barrio! Se acaban de publicar los datos oficiales de las elecciones del domingo pasado, ¡y Armando ha sido el más votado!

Los viajeros, sorprendidos y divertidos por el anuncio, aplauden calurosamente, mientras los Cebolletas y los demás amigos suben al autobús para felicitar al nuevo concejal, que se lo agradece con satisfacción, chocando una mano tras otra.

Hasta que Armando pide silencio con dos sonoros bocinazos:

—Les pido perdón por la interrupción. Trataré de recuperar el tiempo que hemos perdido a lo largo del trayecto. Permítanme solo dar las gracias oficialmente a mi comité electoral, que ha hecho una labor encomiable y ha contribuido de manera decisiva a mi victoria. Y añadiré algo más: los árboles que ven en ese jardín han estado a punto de ser talados para dejar su puesto a una explanada de cemento. Ahora que soy concejal de barrio, tendrán muchas más probabilidades de sobrevivir. ¡Les prometo que lucharé por ellos!

Un gran aplauso estalla de nuevo en el autobús.

—¿Y Charli? —inquiere Armando.

—Ha recibido muy pocos votos —responde Nico—. No le han apoyado ni los clientes de su taller...

Todos se echan a reír.

—¡Esta noche lo celebramos, chicos! —se despide el padre de Tomi.

—¡Y entrenamos! —le recuerda Sara.

Los Cebolletas bajan del autobús de Armando, que se pone en marcha entre bocinazos festivos.

Como recordarás, Nico y algunos Cebolletas lucharon para apoyar la candidatura del padre de Tomi al consejo de barrio: inventaron eslóganes, imprimieron carteles y organizaron un cara a cara con Charli en el *ring* del gimnasio KombActivo... En resumen, trabajaron como locos.

Pero, a pocas horas de la votación, el padre de Pedro asestó a su contrincante un golpe bajo al empapelar el barrio con carteles anti-Armando. Por suerte, su estrategia no tuvo éxito, y el conductor del 54 obtuvo muchos más votos.

Armando, sin embargo, sigue teniendo batallas pendientes y ahora, como entrenador de los Cebotigres, ¡aspira a ganar la liga de la ciudad para equipos

de siete jugadores!

De hecho, el equipo de los tigres blanquirrojos, capitaneado por Sara, ha llegado a la cima del grupo C gracias a su victoria contra los Duros de Pelar y se ha clasificado para las semifinales.

También han superado esta fase los Cebogoles de Tomi, que, en el encuentro de la última jornada, derrotaron a sus amigos y rivales de los Encebollados, haciéndose con el primer puesto del grupo A.

Los otros dos grupos de la liga han acabado con los Intrépidos Azulones y los Abejorros en cabeza.

Mañana por la tarde, en la sede del comité organizador del torneo, se sortearán los emparejamientos de las semifinales, que se disputarán el próximo domingo. Los vencedores saldrán al campo una semana más tarde para la gran final, que tendrá lugar en el legendario estadio Bernabéu.

Sentados en un banco al borde del campo, João y Becan juegan al Ziao, el famoso juego de cartas de los Cebolletas, mientras siguen el entrenamiento de los Cebogoles.

—A veces el fútbol es injusto, ¿no? —pregunta el brasileño—. Somos el mejor equipo del campeonato y nos han eliminado.

—Si nos han eliminado, será porque no somos los mejores —rebate el extremo albanés.

—¡Nadie ha jugado tan bien como nosotros este año! —insiste João—. ¿O crees que alguien ha desplegado un juego más espectacular que el que nos ha enseñado Felipão?

—Es posible que no, pero un partido de fútbol no es un concurso de belleza canina —replica Becan.

—¿Qué tienen que ver los perros con el fútbol? —exclama el brasileño al tiempo que suelta la carta de un portero para interceptar un disparo del adversario.

—En los concursos de belleza canina, los jueces levantan una paleta donde anotan los puntos que dan a cada perro en función de su belleza —explica Becan—. En cambio, en un partido de fútbol, se cuentan los balones que entran en la red. A lo mejor hemos tenido un juego más bonito que nadie, pero para ser campeones tenemos que aprender de los Cebotigres a luchar con más saña y de los Cebogoles a ser más despiadados delante de la portería contraria.

—No estoy de acuerdo —repone João—. Los Encebollados ya son un equipo diseñado para ganar, no les hace falta cambiar. Solamente nos ha faltado un poco de suerte.

—A lo mejor. Pero, sea como sea, nosotros estamos jugando a Ziao, y los Cebogoles y los Cebotigres todavía pueden ganar la liga...

Mientras tanto, Elena ha reunido en el centro del campo a los Cebogoles, que se han colocado en círculo, cada uno sentado sobre un balón. La maestra-entrenadora, vestida con su clásico chándal blanco, está de pie en medio.

—Siempre digo a mis alumnos que abrir sus libros y repasar diez minutos antes del examen no sirve para nada. Lo que de verdad cuenta es lo que se ha estudiado los días anteriores. Y esta regla también se puede aplicar a los futbolistas. Nos quedan los dos últimos partidos: la semifinal del domingo y, si todo va bien, la gran final en el Bernabéu. No tendría sentido que nos pusiéramos a hacer entrenamientos muy duros a estas alturas: ya sabemos todo lo que podemos saber. Así que en los próximos entrenamientos trataremos sobre todo de divertirnos. Vamos, poneos por parejas y empezad a pelotear para calentar. Luego echaremos un partidito.

Los Cebogoles intercambian sonrisas de satisfacción, como cuando el profe entra en clase y les da permiso a todos para salir a jugar al patio.

Mientras los chicos se pasan la pelota, Elena, con la ayuda de Lucía, demarca un campo rectangular con conos y coloca dos cajas grandes en el centro de los lados cortos. Al cabo de un cuarto de hora, la maestra-entrenadora pita para señalar el fin del peloteo y reúne a sus pupilos.

—Como veis, en lugar de porterías, hay dos cajas, que contienen cinco balones cada una. Los dos equipos tienen que intentar vaciar su caja, metiendo los balones en la de los rivales. Hay que pasárselos con las manos, como en el baloncesto, pero solo se pueden colar en las cajas de un cabezazo. Gana el equipo que logra vaciar antes su caja. ¿Alguna duda?

La maestra reparte los chalecos rojos a Pavel, Tamara, Berto y Kalou, que jugarán contra Tomi, Ígor, Nadira, Giorgio y Dani. Victoria se entrena aparte, sola. Dispara la pelota sin parar contra una pared, desde muy cerca, y la bloca con seguridad. Es un ejercicio fantástico para practicar la presa.

El equipo de Tomi pone a Giorgio y a Dani a proteger su caja y confía a los demás la misión de llenar de balones la de los rivales. Los compañeros de Rafa, en cambio, van por turnos: dos se quedan a defender y los demás atacan.



El partido continúa muy equilibrado: un gol de una parte, y otro, de la otra. Hasta que el equipo de Rafa, que hace circular el balón mucho más rápido, toma una ventaja importante.

—¡Vamos, chicos! —anima Pavel—. Solo nos queda un balón. ¡Un esfuerzo más y ganamos!

Tomi decide jugárselo todo a una carta y, con envíos potentes, bombea balones sin parar hacia Dani y Giorgio, quienes los van metiendo uno a uno en la caja de cartón.

En pocos segundos el capitán vacía la caja y gana el duelo.

Rafa, que daba la victoria por descontada, se queda con la boca abierta y una pelota en la mano... ¡y pide inmediatamente la revancha!

Elena sigue el nuevo partido satisfecha. Sus chicos se están divirtiendo y no sienten tensión ante la proximidad de la semifinal.

Se están preparando para el examen decisivo de la mejor manera posible.



2 TOMI Y LOS PECES DE COLORES

—Hay alguien hablando por un megáfono, ¿o me equivoco? —pregunta João, sentado bajo el pino de la parroquia de San Antonio de la Florida con algunos Cebolletas.

—Yo también lo oigo —confirma Fidu—. A lo mejor ha llegado el circo al barrio.

—Me temo que solo hay payasos... —comenta Nico.

—¿Y eso? —pregunta Sara.

—Los payasos Pedro, Vlado, César y compañía —explica el número 10—. El domingo los Escualos ganaron la liga autonómica y me temo que ese estrépito es su forma de celebrarlo...

El lumbrera no se equivoca.

Adam, propietario del gimnasio KombActivo y patrocinador del equipo, ha alquilado un autocar de dos pisos para que sus pupilos desfilen por las calles del barrio. Los Escuálidos, sus hinchas más apasionados, los siguen por la acera, agitando sus banderolas negras y entonando coros para el equipo,

que, en el piso superior, salta, baila y tira confeti negro al aire. Todos los jugadores de los Escualos llevan una medalla de oro al cuello.

César muestra con orgullo la copa que han ganado. La gente los observa con admiración desde la acera y aplaude.

—¡Damas y caballeros, admiren el trofeo que acabamos de ganar! ¡Gracias a los fabulosos Escualos, nuestro barrio se ha convertido en la capital de todo Madrid! —anuncia triunfalmente Pedro por el micrófono—. ¡Somos el mejor equipo de la región! ¡Aplaudan fuerte, porque nos lo merecemos! Y mucha suerte a los Cebolletas, que participan en el campeonato para niños pequeños...

En el segundo piso, los Escualos sueltan una carcajada unánime.

—Ya me extrañaba a mí que no hubieran tenido un detalle con nosotros —comenta Dani.

—¡Son insoportables! —estalla Sara.

—La idea de pensar que el año que viene jugarán con el mismo trofeo que llevábamos nosotros en la camiseta me pone de los nervios —añade Bécan.

—Además, no es verdad que sean los mejores de Madrid —puntualiza João—. En Navidades perdieron el Partido de la Paz contra nosotros. ¡Seguimos siendo los mejores!

—Pero ellos se han pasado la liga en cabeza de la tabla —observa Tomi

—. Tenemos que reconocer que han hecho una temporada.

—Solo porque nosotros no estábamos —repone Lara.

—¿Adónde vas, capitán? —pregunta Fidu.

—A ver a los Escualos.

—¿No me dirás que vas a participar en su fiesta? —pregunta Bécan, perplejo.

—Qué más da; si no vamos nosotros a verlos, seguro que son ellos los que vienen.

El capitán no se equivoca...

Fernando, que conduce el autocar, deja el volante y abre la verja de la parroquia. Los Escualos hacen una entrada triunfal, rodeados por los chicos que contemplan con admiración las medallas que los nuevos campeones de Madrid llevan alrededor del cuello.

—¡Acercaos sin miedo, Cebolluchos! —exclama el coletas por el megáfono—. ¿O nos tenéis envidia?

—¿Por qué os íbamos a tener envidia? —interviene Sara—. Dentro de dos semanas jugaremos una final en el Bernabéu. Si alguien tiene que tener envidia, sois vosotros.

—Ah, claro, el torneo de los críos... —comenta Pedro—. Si lo ganáis, además de la copa, ¿os regalan pañales?

Los Escualos no pueden parar de reír, bailar y lanzar confeti negro. El autocar da una vuelta al campo y vuelve a salir por la verja.

—¿Te vas, capitán? —pregunta Nico—. ¿Estás de mal humor por la fiesta de los Escualos?

—No, los Escualos no tienen nada que ver —contesta Tomi, dirigiéndose hacia la salida—. Le he prometido a Eva que iría con ella al Retiro. Nos vemos luego.

El capitán monta la célebre Merengue, la bici que un día los Zetas le pintaron de broma de rosa y que Tomi ha dejado tal cual, lo que la ha hecho inconfundible... Va a buscar a su bailarina favorita para ir juntos al parque.

Es un magnífico día de primavera. Pasear a la sombra es un auténtico placer. Los dos llevan ruedas bajo los pies, pero en el caso de Eva son las de los patines, con los que se desliza cogida del sillín de la Merengue.

Cada vez que se ensancha el camino, Eva hace una o dos piruetas, inventa una coreografía y da unos pasos de *ballet* con elegancia. Tomi disfruta del espectáculo y luego se pone a pedalear de nuevo.

Al cabo de una media hora, los dos se sientan en un banco para degustar un helado.

—Me lo he pasado bomba —comenta la bailarina con una sonrisa de satisfacción—. Hacía mucho que no patinaba y me moría de ganas. ¿Por qué no te has traído tú también los patines?

—Porque me gustaría llegar al Bernabéu sin lesiones —bromea Tomi—. Pero, si ganamos la liga, te prometo que te llevaré desde el Bernabéu hasta la parroquia en patines, ¡a caballo!

—¡Cuidado con las promesas, que no las olvido! —amenaza Eva.

—¡Prometido! —remacha Tomi—. Pero primero tenemos que pasar la semifinal. A propósito... Aprovechando que estamos en el Retiro, vamos a hacerles unas preguntas a los peces de colores.

—Antes les preguntabas sobre mí, ahora solo te preocupa el balón —dice la bailarina—. Qué decepción...

—Antes no estaba seguro de gustarte —explica el capitán mientras se sube de nuevo a la Merengue—. ¡Ahora ya sé que te parezco el chico más irresistible del mundo!

—Yo de ti no estaría tan segura —replica con altanería Eva, que sale volando sobre sus patines.

Al llegar al estanque, los dos amigos se acercan a la orilla. Tomi hace migas un trozo de su cucuricho y lo echa al agua.

—El domingo marcaré tantos goles como peces suban a la superficie a comer durante los diez próximos segundos.

Al cabo de diez segundos sin el más mínimo movimiento, la bailarina mira la cara de decepción de Tomi y se echa a reír.

—Todo parece indicar que vas a atizar a los postes un montón de veces...

—No entiendo qué ha pasado —comenta Tomi, desconcertado—. Los peces están ahí, míralos... Han subido a la superficie, pero no han tocado las migas.

—Pues resígnate: los peces del Retiro no se han equivocado nunca —recuerda la bailarina.

—Yo diría que no han visto el barquillo —aventura Tomi, que se inclina con un palo para remover el agua y atraer la atención de los peces.

—Cuidado, que resbala —le advierte Eva.

Antes de que acabe la frase, el capitán patina en un escalón, pierde el equilibrio y acaba en el agua tras una zambullida espectacular.

La gente que pasea por la zona se echa a reír con ganas. Eva, que ha tratado de contener una carcajada, acaba uniéndose al coro...

Sentado en el agua, empapado de la cabeza a los pies, Tomi está realmente ridículo. Por si fuera poco, se le han acercado un par de barquitos teledirigidos, como para curiosear u ofrecerle su ayuda.



TOMI

El capitán sale goteando del estanque.

—Juraría que te va a faltar tiempo para contárselo a todo el mundo.

—Sería imperdonable que no se enterara nadie de la historia de este fantástico chapuzón, Tomi —confiesa la bailarina entre risas.

Eva le propone al capitán que se seque al sol, pero Tomi prefiere volver cuanto antes a su casa para darse una ducha. Mientras pedalea por el camino de vuelta, que discurre casi todo el rato por la sombra, se da cuenta de que Eva tenía razón, porque el aire le pega la ropa mojada al cuerpo y está cogiendo frío.

Mientras los tigres corren alrededor del campo, el padre de Tomi está machacando a conciencia a su portero.

—¿Qué es eso? —pregunta Fidu, algo inquieto.

—Un cinturón de lastre —explica Armando—. Me lo ha dejado un amigo que hace submarinismo. Se usa en las inmersiones para bajar más rápido.

—Vale, pero mi misión es parar, no pescar anguilas con las manos —comenta el guardameta.

—Átate a la cintura. Con este lastre te costará más saltar, pero cuando te lo quites te parecerá que vuelas —le asegura Armando—. ¿Has visto a los Abejorros? El domingo lucharemos contra gigantes. Nos atacarán desde los aires y tendremos que poner toda la carne en el asador para resistir sus embates. Tus salidas en los saques de esquina y de falta serán determinantes. Ánimo, a trabajar...

Fidu se ata el lastre a la cintura y se coloca entre los palos. Armando se va al banderín con el saco de los balones y empieza a bombear pelotas al área.

—¡Perfecto, Fidu! —exclama el padre de Tomi—. ¡Salta todo lo alto que puedas! ¡Un poco más!

Al cabo de un cuarto de hora de intenso ejercicio, el chófer-entrenador deja descansar un poco al guardameta, que se va a la fuente a refrescarse. Luego reanudan el entrenamiento.



—Ahora, en lugar de blocar el balón, despéjalo con el puño —ordena Armando—. Alargando un solo brazo, puedes llegar todavía más alto. Recuerda que eres el único que puede llegar hasta sus cabezas cuando saltan. ¿Nos vas a salvar, campeón, nos vas a llevar al Bernabéu?

—¡No tengas la más mínima duda, míster! —asegura Fidu, animado por las palabras del entrenador.

El portero se coloca de nuevo entre los postes, con las piernas algo flexionadas, listo para darse impulso. Sigue la parábola del pase, avanza dos pasos, se separa de la tierra, extiende el brazo y da un tremendo puñetazo al balón, que envía casi hasta el centro del campo.

—¡Muy bien, eso es! —vocifera Armando desde el banderín.

Después de dejar a Fidu extenuado, el padre de Tomi entrena de la misma forma a David, el defensa más alto de su equipo. También él será el domingo una pieza clave en la lucha contra los gigantescos Abejorros. Será este chico de pelo rizado quien deba rechazar de cabeza todos los peligros que caigan del cielo. Por eso Armando vuelve a enviar un balón tras otro al área, para que el alto defensa de los Cebotigres practique los rechaces de cabeza.

Al final el chófer-entrenador llama a Beba.

—¿Seguro que me quieres a mí? —pregunta asombrada la antigua jugadora del Rosa Shocking—. No soy demasiado alta, que digamos...

—Precisamente por eso serás de lo más útil durante el partido —explica Armando—. ¿Conoces la historia de Ulises y el cíclope Polifemo? Ulises era mucho más pequeño que el gigante, pero gracias a su inteligencia logró que sus marineros escaparan de la gruta de Polifemo, atándolos bajo la panza de las cabras. El domingo tú harás lo mismo. Entrarás en el área de los gigantes y te colarás entre sus piernas... Con tus regates, tu velocidad y tu técnica, no habrá quien te pille. Ellos tienen altura; nosotros vamos a superarlos con la inteligencia.

Armando ha llenado el área de penalti con una treintena de balones.



Armando se pasa toda la semana entrenando a los Cebotigres así: practicando la contra de las pelotas altas y estudiando con astucia la manera

de atacar los puntos débiles de los gigantes. Por ejemplo, inventa un saque de falta especial para Aquiles, que lo practica mil veces.

Además del trabajo en el campo, el entrenador prepara a sus pupilos delante de la tele, mirando algunos DVD. En cuanto aparecen en la pantalla imágenes de un partido de *rugby*, los Cebotigres se echan a reír.

—Creo que te has confundido, míster —señala Fidu—. Nosotros no jugamos a eso...

—No me he equivocado —le responde el padre de Tomi—. El *rugby* también nos puede ayudar a derrotar a los gigantes.

Tomi está nadando en el centro del estanque del Retiro. Se gira y ve la aleta de un tiburón rojo que se le acerca. Se pone a bracear con todas sus fuerzas, tratando de llegar hasta la orilla, donde Eva se agita, pero el enorme escualo se le echa encima, abre sus fauces...

El capitán despierta de la pesadilla aullando. Se sorprende sentado en la cama, en su habitación. Es noche cerrada. Está empapado de sudor y le arde la garganta.

En ese momento llega corriendo Lucía, que enciende la luz y le pregunta:

—¿Una pesadilla?

—No me encuentro demasiado bien —responde Tomi.

La madre le toca la frente, le lleva un vaso de agua y le mide la fiebre.

—Treinta y nueve coma siete —anuncia Lucía arropando a su hijo, que está temblando—. Ahora te traigo alguna medicina.

Cuando se apaga la luz, lo primero que piensa Tomi es: «Solo faltan tres días para la semifinal y tengo casi cuarenta de fiebre».



Los días siguientes, Tomi se queda en la cama con fiebre. Los Cebogoles van a visitarlo o lo llaman por teléfono, preocupados por la posibilidad de tener que jugar la semifinal sin su ayuda. Elena llama constantemente a Lucía. Como sabes, la maestra-entrenadora es muy aprensiva y la idea de no alinear al «primero de la clase» contra los Intrépidos Azulones la pone todavía más nerviosa.

Por desgracia, Tomi ha pillado una gripe tremenda a causa del chapuzón en el estanque del Retiro. El capitán solo logra salir de la cama el domingo por la mañana y hace un tímido intento de convencer a sus padres, sin demasiadas esperanzas...

—Ya estoy curado —anuncia Tomi durante el desayuno—. Justo a tiempo para el partido...

—¿No estarás pensando en salir al campo esta tarde? —rebate Lucía.

—Pero si ya no tengo fiebre, me siento genial —explica el capitán.

—Llevas tres días con la fiebre muy alta —le recuerda su madre—. Si recaes podrías acabar en el hospital con una pulmonía, así que hoy te vas a

quedar en casa tranquilito...

—Tu madre tiene razón —tercia Armando—. ¡Y nada de jugar al balón durante diez días, por lo menos!

—Si crees que así vas a impedir que vaya al Bernabéu, ¡estás muy equivocado! —salta Tomi—. Dentro de una semana jugaré contra tus tigretones, en caso de que logréis ganar a las moles de los Abejorros...

Armando se ríe con ganas ante el desafío de su hijo.

—Sí, me parece que se está curando. Ya vuelve a ser intratable, como siempre.

—Hoy seguiremos el partido desde casa —propone Lucía—. Llamaremos por teléfono a algún espectador y le pediremos que nos haga la crónica del encuentro.

—¡No, mamá, tú tienes que estar en el banquillo! —exclama Tomi.

—No te voy a dejar solo en casa con lo malito que estás —rebate Lucía.

—Tienes que ayudar a Elena —insiste el capitán—. Si se pone nerviosa cuando todo va bien, imagínate cómo estará hoy, en la semifinal de una liga sin su formación al completo... Eres la única que sabe calmarla y darle los consejos adecuados.

—Efectivamente —coincide Armando—. Tomi todavía es un bebé, pero puede sobrevivir solo medio día. Y, si le hace falta algo, siempre puede llamar a Sofía Champignon, que está en el piso de abajo.

Al final logran convencer a Lucía. Después de la comida, el capitán se despide de sus padres, que salen para ocuparse de sus respectivas semifinales.

—Mucha suerte, papá. Gana, por favor —le pide Tomi en la puerta—. No me dejes sin la alegría de derrotarte en el Bernabéu.

—Sí. Haré todo lo que pueda para tenerte contento —asegura Armando.

En cuanto cierra la puerta, Tomi siente como un peso en la boca del estómago, una especie de inquietud, como si estuviera a punto de salir a la pizarra en clase. Con la diferencia de que en el cole se las puede apañar con lo que ha estudiado, pero ahora tiene la sensación de estar atado a un poste y no poder ayudar a sus amigos, que están a punto de jugarse toda la temporada en un solo partido. Y la idea le pone nervioso: no puede parar de ir de un lado a otro.

Observa por la ventana cómo sus padres cogen el coche para ir al campo de los Madrileños. Saca una bola de gomaespuma que tiene en la habitación y se pone a pelotear en el pasillo. Se sienta en el sofá del salón, enciende la tele y sigue un rato un partido de tenis.

Hacia las cuatro y media, cuando sus compañeros estarán empezando a calentar en el campo, el capitán vuelve a pelotear con la bola de gomaespuma. De repente suena el timbre de casa.

Tomi abre y se encuentra delante a tres Encebollados: Nico, João y Becan.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta, sorprendido—. ¿Cómo es que no habéis ido a ver las semifinales?

—No nos parecía de recibo dejar a un amigo solo en casa... —contesta Nico.

—Los apoyaremos juntos desde tu salón —añade João—. Abriremos la ventana, para que nos oigan también en el campo de los Madrileños.

—Si no os molesta, yo me apunto —interviene Eva, que se había escondido detrás de los Encebollados.

La cara de Tomi irradiia alegría.

Abraza a sus amigos y besa a su bailarina favorita. El peso que sentía en el estómago se ha evaporado.

Quien tiene amigos tan buenos, solo puede ganar...

Toda la parroquia de San Antonio de la Florida ha ido al centro de Madrid, al campo de los Madrileños. Las tribunas no dan abasto para acoger a los hinchas de los cuatro equipos semifinalistas, que se han distribuido también alrededor del campo. El terreno de juego parece el agujero de una rosquilla... Los jugadores estarán rodeados por un cordón de hinchas entusiasmados. No falta absolutamente nadie: están desde Gaston Champignon con su gato Cazo (dormido, por supuesto) hasta el esqueleto Socorro, que lleva la camiseta blanca de los Cebogoles (los primeros en salir al campo), pasando por don Calisto, que agita un cencerro de pastor.

—¿Llamamos? —sugiere Nico.

—¿A quién? —inquiere Tomi.

—A Tino, que nos hará la crónica con el móvil de su madre —contesta el lumbretero—. Es periodista, así que es su trabajo, ¿no?

—¡Buena idea! —aprueba el capitán, que teclea el número de la madre del director de *Reporteros!* en el teléfono inalámbrico de casa—. ¡Hola, Tino! ¿Ya están los equipos en el campo?

—¡Hola, capitán! Sí, el árbitro está a punto de pitá el inicio del encuentro. El saque inicial lo harán los Intrépidos Azulones, que visten camiseta y medias azules, y pantalones negros. Los Cebogoles, con su clásico atuendo blanco, han optado por una formación 2-1-3: Victoria entre los palos,

Giorgio y Dani en defensa, Kalou en el centro del campo, y Nadira, Rafa y Berto en la delantera. Hoy es Dani quien lleva el brazalete de capitán. La maestra Elena, en pie delante del banquillo, parece más nerviosa de lo habitual. ¡Empieza el partido! ¡Ha comenzado la semifinal en medio de un estrépito increíble! Nuestros hinchas están desatados, pero los de los Intrépidos no les van a la zaga. Qué entusiasmo, chicos...

Esta es la alineación descrita por Tino:

VICTORIA

GIORGIO

DANI

KALOU

NADIRA

RAFA

BERTO

Tomi ha pulsado la tecla de manos libres y dejado el teléfono en una mesita. El capitán y sus amigos lo miran como si fuera un televisor y escuchan la crónica radiofónica de Tino.

—Una nueva galopada del número 7 por la banda derecha. Este extremo, que lleva una cresta como la del Niño, nos está creando muchos problemas. Pase...



Tomi, João, Nico, Bécan y Eva se ponen en pie de un bote y lo celebran gritando:

—¡Gooool!

Pero se oye una rectificación por el auricular del teléfono.

—Perdón, no ha sido gol, la pelota se ha estrellado contra un poste. Estaba seguro de que iba a entrar, pero ha recorrido toda la línea de meta y ha salido por el lado contrario...

—¡Mecachis! —salta Tomi, dejándose caer sobre el sillón.

—¡Por favor, Tino, nos vas a provocar un infarto! —protesta Nico.

—Lo siento, chicos, pero parecía un gol cantado —se excusa el director de *¡Reporteros!*—. El tiro de Dinamita era aterrador. Es posible que haya roto

el palo. Ahora sí que ha sido gol, no hay duda.

—¿Nuestro? —pregunta Nico, listo para dar un nuevo salto.

—No, me temo que de ellos. Una nueva subida imparable del número 7. El número 4 ha llegado a la carrera desde el centro del campo y ha batido a Victoria con un cabezazo. Es una jugada muy típica de los Intrépidos: atacan por la banda, el delantero sale del área y sus compañeros ocupan el hueco que deja. Elena tendría que hacer algún cambio...

—¿Qué formación tienen los Intrépidos? —inquiere Tomi.

—Dos líneas de tres jugadores delante del portero.

—¿Bajan Nadira y Berto a ayudar a la defensa? —insiste el capitán.

—Nadira a veces, Berto casi nunca.

—Por eso tenemos tantos problemas —concluye el capitán, mirando pensativo el teléfono.

—Ánimo, todavía queda mucho partido y su defensa no parece imbatible —continúa Tino—. Siempre que atacamos, les creamos problemas. Vuelve a subir Nadira, que está en plena forma. En cambio, Rafa no parece demasiado inspirado. Pero ha cogido la pelota, le hace un túnel al número 5, se deshace de otro defensa con un quiebro, entra en el área. Otra jugada maestra... ¡Ojo, está solo delante del portero! ¡Lo deja clavado y entra con la pelota hasta el fondo de la red! Esta vez sí que ha sido gol: ¡1-1! Ha marcado el Niño, que echa a correr hacia la tribuna con el pulgar metido en la boca, ¡como un bebé! ¡El público enloquece de alegría! El esqueleto Socorro se pone a bailar, ¡ha resucitado!

Tomi, Nico, Becan y João se dan un abrazo en el centro del salón.

—O sea que Rafa no estaba inspirado... —comenta Eva, que ha cogido el teléfono.

Tino finge no haber oído nada y continúa con su retransmisión. El partido sigue disputadísimo, con ocasiones constantes para unos y otros. Tras un disparo al travesaño del Intrépido número 9 llega otro al poste de Kalou a saque de falta.

—Los Azulones vuelven a subir por la banda, esta vez por mediación del número 13 —cuenta Tino—. ¡Cuidado con el 4, que penetra otra vez en el área! Es él quien recibe el pase... ¡Paradón de Victoria!

—¡Qué buena eres, Victoria! —lo celebra Tomi sin pensar demasiado en lo que dice.

—Pero la pelota vuelve a los pies del número 4, y esta vez no hay nada que hacer: 2-1 para los Intrépidos Azulones —anuncia el periodista.

—Nooo... —Nico se deja caer sobre el sofá.

«Qué buena eres, Victoria», masculla Eva, que nunca ha sentido gran simpatía por la portera.

—Una pena, porque ha sido la última jugada del primer tiempo —añade Tino—. Podrían haber llegado empatados al descanso. Chicos, nos volvemos a conectar en el segundo tiempo. Voy a dejar descansar un poco la oreja, que la tengo como un pimiento.

—Vale, Tino, gracias —contesta Tomi, que cuelga y llama a su madre, Lucía.

—Hola, mamá. Sí, estoy muy bien. No, no tengo fiebre. Oye, ¿me puedes pasar a Elena?

Lucía va a por la maestra-entrenadora y le da su móvil.

—Es Tomi.

—Hola, Elena, he escuchado la crónica del primer tiempo y creo que tenemos un pequeño problema táctico —explica el capitán.

—Dame un consejo, porque estoy tan nerviosa que no se me ocurre nada... —confiesa la maestra.

—Con dos defensas, Giorgio y Dani, y un solo mediocampista, Kalou, dejamos libres las bandas laterales —explica Tomi—, entre otras cosas porque Berto baja poco a defender. Ellos han bombeado mil balones al área con sus números 7 y 13, ¿verdad?

—Tienes razón —confirma la entrenadora—. ¿Cómo lo podemos remediar? ¿Nos alineamos como ellos, tres delante y tres detrás, y así ocuparemos mejor el campo a lo ancho?

—Me parece una buena solución —aprueba el capitán—. A lo mejor en lugar de Berto podrías poner a un centrocampista que marque mejor al número 7, un verdadero peligro.

—Pero tenemos que remontar —objeta Elena—. ¿No nos arrepentiremos de sacar a un delantero?

—Tener más delanteros no significa que vayamos a atacar mucho más. Como nos ha enseñado Champignon, cuanto más atrás llevas la cuerda del arco más lejos va la flecha.

—Entendido, voy enseguida a explicar los cambios al equipo. ¡Hasta luego, Tomi! —se despide la maestra.

El capitán saca unas galletas al salón para invitar a sus amigos.

Nico vuelve a conectar con Tino al teléfono:

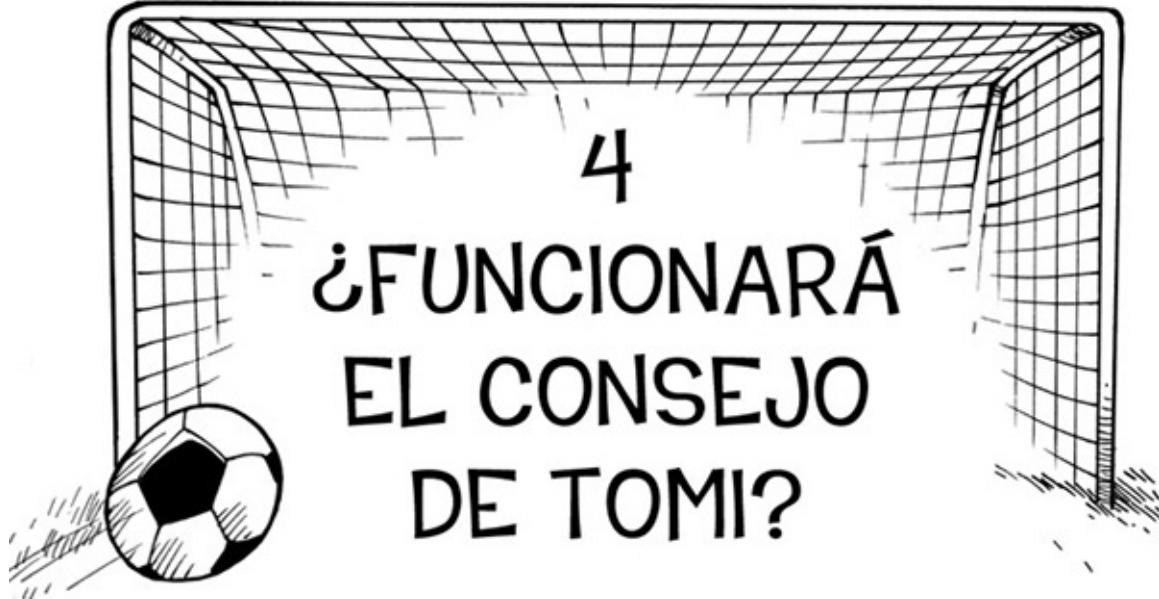
—¿Listo para reanudar la retransmisión?

—Claro —responde el director de *¡Reporteros!*—. Queridas bailarinas, queridos caballeros, está a punto de empezar el segundo tiempo de esta

apasionante semifinal.

Eva sonríe, divertida.

—Los Intrépidos Azulones, que van ganando por 2-1, se presentan de nuevo en el campo con la misma formación que en el primer tiempo —continúa Tino—, mientras Elena cambia de jugadores y de alineación. Ahora los Cebogoles imitan la de sus rivales: 3-3. Fuerzas frescas por la banda izquierda: Tamara e Ígor. La maestra ha hecho bien en proteger el lateral que parecía coto exclusivo del Intrépido número 7. Pero centrémonos en el partido: el árbitro acaba de pitar la reanudación del juego. Si los Cebogoles quieren llegar al Bernabéu, tendrán que marcar como sea...



4 ¿FUNCIONARÁ EL CONSEJO DE TOMI?

Tomi mira nervioso el reloj.

—Ya han pasado diez minutos y todavía no hemos creado una sola jugada de peligro.

—A lo mejor ha sido un error sacar a Berto —aventura João—. Con un tiro de los suyos habría podido decidir el partido en un santiamén. Además, tengo la impresión de que la defensa de los Intrépidos se ha convertido en un fortín.

—Así es, queridos radioyentes —confirma Tino, que ha vuelto a coger el móvil—. ¡Cerrada como la concha de un mejillón! Hasta la gran Nadira tiene dificultades para desmarcarse y regatear. Las dos líneas de los Intrépidos Azulones están muy juntas, no pasaría un alfiler entre ellas. Además, hay que tener cuidado con sus contraataques. El temible número 7 vuelve a galopar por la banda. ¿Va a pie o en moto? Ha superado a Ígor, pero se ha adelantado demasiado el balón y Tamara se lo ha robado. ¡Genial! ¡Ha funcionado el doble cierre en la banda! Tamara echa a correr y pasa a Rafa, que ha retrocedido hasta la mitad del campo. El Niño avanza y toca para Nadira, que

le devuelve la pelota al vuelo. Hace una pared con Tamara y cede a Rafa, que se ha quedado solo delante del portero: ¡goool! ¡Empate! 2-2! El Niño ha cogido en brazos a Nadira y está haciendo un paseíllo triunfal con ella. Ya sabíamos desde el Minimundial que se entienden muy bien.

—¡Goool! —aúlla João al tiempo que se abalanza sobre Nico, quien desaparece bajo él y Tomi, que también se le acaba de echar encima.

Elena y Lucía lo celebran abrazadas y dando saltos junto al banquillo.

—¿Has visto cómo hemos marcado sin Berto? —pregunta Tomi, eufórico

—. Creo que la nueva formación funciona mucho mejor.

—Vamos, chicos —les anima João—. Es el momento clave del partido: ¡seguro que acusan el golpe!

—Efectivamente —confirma Tino—. Ígor ha salido al campo de lo más enchufado: defiende y ataca, ¡y además volando, amigos! Pase... La defensa despeja. Recupera el balón Rafa, que lo detiene bajo la suela y estudia la situación al borde del área. ¿Qué tendrá en mente? ¡Una vaselina! La pelota supera la barrera de los defensas y llega a Nadira, que con un toque delicado manda el esférico a besar la red: 2-3!

Al pobre Nico se le vuelven a echar encima sus amigos, que se ponen en pie para seguir el final de este apasionante encuentro.

—Resistid, Cebogoles, ¡el Bernabéu os espera! —exclama Tino—. Pero no será fácil, porque los Intrépidos acaban de hacer tres cambios y se lo jugarán todo a una carta, lanzándose al ataque con sus fuerzas frescas. Pero la idea de Elena está resultando muy eficaz. Con la nueva formación, los extremos Azulones se topan siempre con algún atasco. Aunque cuidado, que el número 13 ha abierto un hueco por la izquierda. Pase, cabezazo del número 8 y... ¡gol!

Tomi se vuelve a dejar caer sobre un sillón.

—¡No, no ha sido gol! Rectificación —salta Tino—: Victoria ha saltado encima de la pelota como si fuera una gata y la ha detenido sobre la línea de meta... ¡Una parada prodigiosa!

—¡Qué buena eres, Victoria! —aúlla el capitán poniéndose en pie como un resorte—. ¡Te mereces un beso!

Eva lo fulmina con la mirada.

—Era una manera de hablar —se apresura a explicar Tomi.

—¿De verdad que quieras que nos dé un infarto, Tino? —se queja João.

—Perdón, pero la emoción a veces te juega bromas pesadas... —se justifica el periodista—. Lo importante es que el balón no ha entrado en

nuestra portería. Ánimo, chicos, aguantad. Bien, Pavel, avanza, no nos encerremos en la defensa.

—¿Ha entrado Pavel? —se sorprende Tomi.

—Sí, por Giorgio, que estaba agotado. Pavel pasa a su hermano por la banda contraria. Ígor controla con el pecho y dispara al vuelo... ¡Goool! ¡Una parábola preciosa! ¡Un magnífico arcoíris que se ha colado por la escuadra!

Esta vez, João no se fía y, antes de celebrarlo, pide una confirmación.

—Estás seguro del todo, Tino?

—¡Segurísimo! ¡Intrépidos Azulones 2 – Cebogoles 4!

João salta en brazos de Nico y lo hunde en el sofá, casi aplastándolo.

—¡Acabado! ¡Se ha acabado! —anuncia Tino triunfalmente—. ¡Los Cebogoles se han clasificado para la gran final! Los chicos se abrazan en el centro del campo, mientras que Elena ha echado a correr y no hay quien la pare. ¡Menudo espectáculo! El esqueleto Socorro ha entrado en el césped a celebrar la victoria con los hinchas de los Cebogoles. Veo a Gaston Champignon sonriendo en las gradas, colgado del extremo derecho de su bigote. ¡Hemos llevado un equipo al Bernabéu, ahora tenemos que llevar al otro! Voy a tomarme un zumo, que tengo la garganta reseca, y vuelvo enseguida, ¡queridos radioyentes! Nos vemos en unos minutos para la segunda semifinal, Cebotigres-Abejorros. Devuelvo la conexión.

—Felicitaciones, capitán —le dice João «chocándole la cebolla»—. Eres el único futbolista del mundo que logra ganar desde el salón de su casa.

—¿Y yo qué tengo que ver? Lo han hecho todo mis compañeros —replica Tomi.

—Pues claro que tienes algo que ver: tu táctica le ha dado la vuelta al partido...

—De todas maneras, los peces del estanque del Retiro tenían razón —recuerda Eva—: no has marcado ni un solo gol.

—Es verdad, mis amigos no se equivocan nunca —reconoce el capitán, eufórico. Jugará en el mítico estadio del Bernabéu. Su madre y él seguro que están. Ahora solo falta por ver si su padre también se clasifica.

Tino ha reanudado la retransmisión deportiva.

—Queridas amigas, queridos amigos, os voy a presentar a los dos equipos que forman en el centro del campo. A un lado, vestidos de amarillo y negro como insectos, los Abejorros, más altos que el árbitro; al otro, muchos

centímetros más bajos, nuestros Cebotigres... Pero la estatura no significa nada: ellos tienen jugadores grandes; nosotros, grandes jugadores.

—¡Bien dicho, Tino! —aprueba Nico—. ¿Qué formación ha elegido Armando?

—Los tigretones, con su camiseta de rayas blanquirrojas, empezarán el partido con estos titulares:

FIDU

DAVID

SARA

LARA

AQUILES

BILLY

TERRY

—¿Estás seguro? —pregunta Tomi, perplejo—. ¡No hay un solo delantero!

—¿Veis el número 5 en los dados? —pregunta el director de *Reporteros!* —. Armando ha colocado así a sus tigres: los cuatro gemelos forman una especie de cuadrado y Aquiles es el punto de en medio.

—Sí, pero, aparte de hacer de puntitos, tendrían que marcar goles —observa Becan—. ¡Quién va a meter un gol con un equipo parecido!

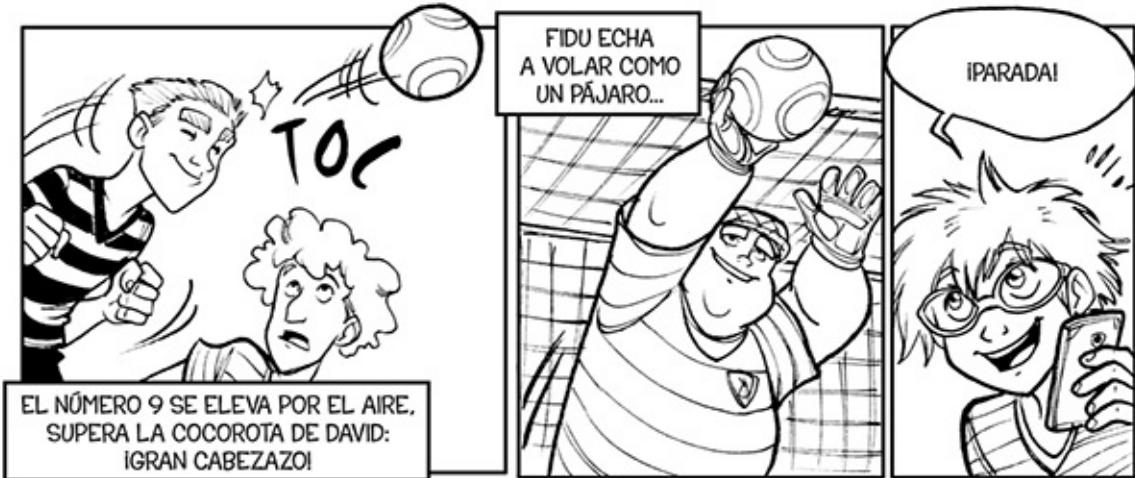
—Contra unos jugadores tan altos, yo no habría dejado fuera a Sebas ni a Bruno —comenta Nico.

Al cabo de los diez primeros minutos de juego, disputadísimos, Tino anuncia:

—Chicos, ¡he comprendido lo que se ha propuesto Armando! En lugar de defender en el área, donde los Abejorros parecen insuperables de cabeza, trata de cortar los suministros a los delanteros. Sara y Billy por la derecha y Lara y Terry por la izquierda atacan como pirañas a todos los adversarios que se atrevan a correr por las bandas. De hecho, hasta ahora los Abejorros han enviado al área muy pocos balones.

—¡Bravo, papá! —vocifera Tomi—. Buena idea.

—Pero cuidado, que sale un pase... —advierte Tino.



—¡Estupendo, porterazo! —lo celebra Becan.

—Los Abejorros tienen una formación 3-1-2 —continúa Tino—. Los jugadores de delante, los más altos del equipo, recuerdan a la bandera de Alemania, porque el número 10 es pelirrojo; el número 9, rubio, y el número 11, moreno... Ellos son el auténtico peligro: los tres se lanzan al área en cada pase, y ahora están cayendo muchos más balones que al principio. A los gemelos les cuesta cerrar los huecos por las bandas. Estamos sufriendo, chicos. Los bongos de los padres de Diouff nos animan, pero los Agujones, es decir, los ruidosos hinchas de los Abejorros, tienen a sus jugadores electrizados.

El final del primer tiempo se transforma en un asedio a la portería de los Cebotigres. Fidu realiza paradas espectaculares.

—David está luchando como un jabato —prosigue Tino—. Ha pasado más tiempo en el aire que pisando tierra. Nuevo rechace de cabeza de nuestro zaguero, ¡que despeja el área! Genial, pero parece muy cansado. La defensa está bajo presión desde el inicio del encuentro. Atención, porque el número 8 prepara un disparo desde fuera del área...

Por el altavoz se oye un auténtico criterio. En el salón de Tomi, los chicos se miran con preocupación.

—Creo que hemos encajado un gol, ¿verdad? —pregunta Nico.

—Efectivamente —confirma Tino—. Fidu se había tirado a tiempo para parar el tiro raso, pero el número 9 ha desviado el balón y lo ha descolocado.

El primer tiempo acaba con los Abejorros ganando por 1-0.

—Un gol en un partido de jugadores de siete se remonta en un segundo —comenta João—. Podemos lograrlo.

—Sí, pero si deciden atacar —precisa Becan—. No puedes marcar si te quedas todo el rato defendiendo. Como han hecho casi toda la liga.

—Pero vosotros, que habéis atacado tanto, estáis sentados en un sofá, mientras ellos se juegan la semifinal —observa Eva—. Es posible que de táctica sepan más que vosotros.

Tomi sonríe al ver la expresión de los dos Encebollados, que se miran un poco abochornados sin saber qué responder.

—Yo diría que el contraataque de Eva ha acabado en gol —comenta el capitán—. De todas formas, estoy de acuerdo con João: lo podemos conseguir. Mi padre ha preparado este partido con mucho cuidado: lo he visto dibujar croquis y más croquis, buscar vídeos en Internet y analizar hasta un encuentro de *rugby*.

—¿Rugby? —se asombra Becan—. ¿Y eso para qué vale?

—No sé —contesta Tomi—. Solo sé que Armando no puede haber estudiado tanto para luego pedir a su equipo que se parapete en la defensa y nada más. Estoy seguro de que ha dejado que los Abejorros se desfoguen y en el segundo tiempo tratará de hacerse con las riendas.

Tino les comunica que los Cebotigres afrontarán la reanudación con una formación distinta.

—Sara y David se han situado en el centro de la defensa —cuenta el director de *¡Reporteros!*—, mientras que al lado de Aquiles hay fuerzas frescas: Bruno y Sebas, que son capaces de pararles los pies a los gigantes amarillos y negros. Por fin vemos a un verdadero atacante: la pequeña Beba. Os confieso que verla al lado de los dos altísimos defensas que la marcan me da cierta impresión. Es verdad que ya no tenemos la protección de los gemelos por las bandas, así que ahora arriesgaremos más. Pero estamos obligados a hacerlo. Da lo mismo perder por 1-0 que por 7-0. Si queremos llegar al Bernabéu, tenemos que ganar.

Los Abejorros no parecen dispuestos a limitarse a defender su ventaja. Probablemente quieren cerrar el partido buscando enseguida unos cuantos goles más, así que se lanzan de inmediato al ataque.

Bruno y Sebas, que acaban de entrar, se quedan muy cerca de las bandas para defenderlas. David sigue haciendo de torre humana en el centro del área de penalti, mientras que Sara se las tiene tiesas con todos los que se le acercan con la pelota controlada.

—¡Cuidado, Sebas, despeja! —grita Tino—. Fenómeno, bien hecho... El pianista ha alejado el peligro con un patadón de esos que tanto le gustan.

—Y que tan poco le gustan a mi abuelo —recuerda João.

—La pelota ha llegado hasta Beba, que la controla a la perfección, adelantándose a dos colosos rivales...



—¡Genial, Beba! —celebra Eva.

La pequeña delantera ha sido más rápida que el segundo defensa. Ha apartado el esférico un segundo antes de que interviniere su rival, y el enorme pie del Abejorro, en lugar de golpear el balón, la ha alcanzado en el tobillo. Como había predicho Armando: ¡la tigresa ha ganado el duelo gracias a su agilidad! Por eso le ha hecho practicar tantos regates en corto.

Tomi y sus amigos se ponen en pie y se colocan alrededor del teléfono, conteniendo la respiración.

Beba toma el balón y lo deposita con sumo cuidado en el círculo de penalti.

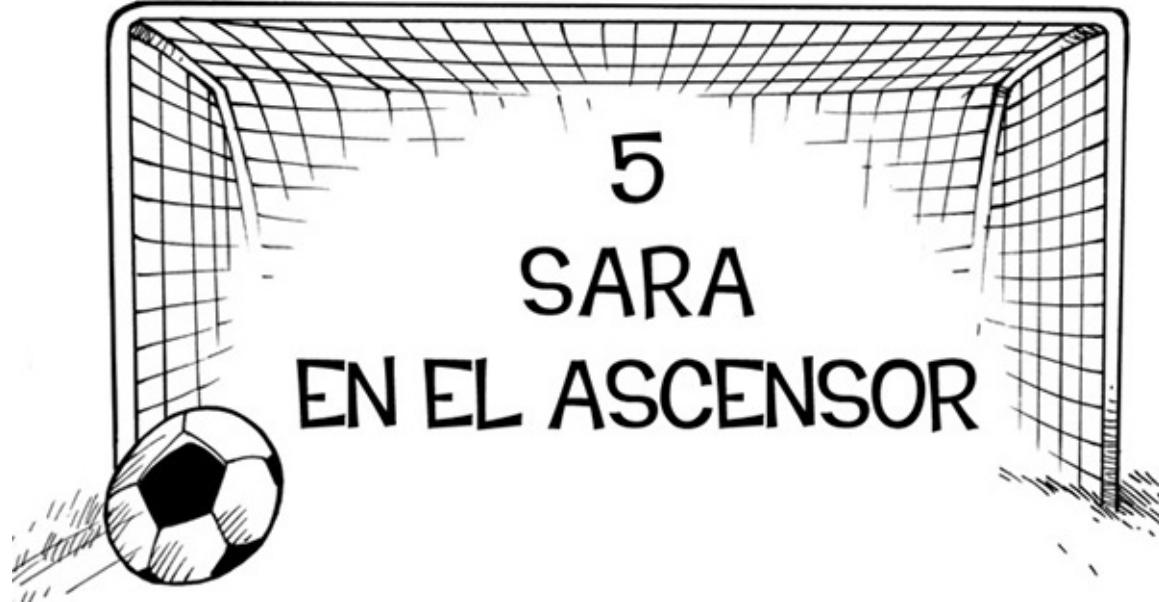
Aquiles se acerca y le pregunta:

—¿Te sientes con ánimos? ¿Quieres que dispare yo?

—Tranquilo —responde confiada la antigua Rosa Shocking—. Gol seguro.

La chica se ajusta las medias, comprueba que el nudo de los cordones esté por la parte exterior de la bota y no le gaste una broma pesada en el momento del impacto con el balón. Coge algo de carrerilla.

El árbitro pita.



—¡Gooool! —vocifera Tino.

—¡Gooool! —repiten a coro Tomi y sus amigos.

El derechazo de Beba, no demasiado potente pero colocadísimo, no ha dado opción a los Abejorros: ¡1-1!

Los bongos africanos de Aída y Karim enloquecen de alegría. Don Calisto celebra el acontecimiento con el esqueleto Socorro, que de un partido al siguiente ha cambiado de camiseta y disimula la calavera con una máscara de tigre.

—Queridos radioyentes, ¿queréis saber lo que opino? —pregunta Tino—. Armando está dirigiendo el partido a lo grande, con más ambición que cuando conduce el autobús... En el primer tiempo ha dejado desfogarse a los gigantes, pero ahora les está disputando el encuentro de tú a tú. Los Abejorros parecen cansados, ya no tienen la garra del primer tiempo. Y a nosotros todavía nos queda un as en la manga: ¡Diouff! Yo creo que lo vamos a conseguir. Pero cuidado con la arrancada del número 2. Centro... Gol... 2-1 para los Abejorros.

—Nooo... —lamentan a coro Nico y Tomi.

—La próxima vez déjate de pronósticos, ¿eh, Tino? —le pide Becan—. Eres más gafe que un gato negro...

—Lo siento, chicos —se justifica el director de *¡Reporteros!*—. Estaba seguro de que se mascaba un gol de los nuestros... Pero podemos remontar. Ha llegado el momento de Diouff. Armando lo está sacando ahora mismo.

—¿A cambio de quién? —inquiere Nico.

—De David, que está agotado. Aquiles baja a ocupar su puesto en defensa.

—En la primera parte no teníamos ni un solo delantero, y ahora ha sacado a dos —observa Tomi—. Me temo que los Abejarros nos pueden picar a contrapié...

—Pero Armando no tiene opción: falta poco para que acabe el partido y tiene que remontar —señala João.

El brasileño está en lo cierto, pero al capitán tampoco le falta razón...

Así, Diouff falla un pase a Beba y los Abejarros suben al contraataque. Sara también había salido a atacar y ahora el pobre Aquiles tiene que plantar solo cara al tridente cuyas cabezas recuerdan a la bandera de Alemania.



—¡Eres un monstruo, Fidu! —aúlla Tino al teléfono—. ¡Chicos, os acabáis de perder la parada del siglo! Nuestro devorador de merengues se ha levantado como una exhalación y ha enviado rápidamente el balón a Diouff, que va corriendo hacia la puerta como una locomotora. ¡Ahora son ellos los que tienen que hacer frente a un contraataque! ¡Tumbado! ¡Es una falta de tarjeta roja!

El árbitro llega corriendo, muestra una tarjeta amarilla al número 2 de los Abejorros y decreta falta desde el borde del área.

—Aquiles ha colocado el balón. Parece que será él quien saque la falta... No comprendo por qué Armando, de pie delante del banquillo, no para de gritar: «¡A la escuadra, a la escuadra!». Creo que no conviene indicar al rival por dónde se va a disparar.

El árbitro pita. El exmatón, concentradísimo, se acerca a pequeños pasos y suelta un duro trallazo. La barrera salta para impedir que se cuele el balón por la escuadra, pero el disparo de Aquiles es raso.

El balón se cuela por debajo de las botas de los Abejorros rozando sus tacos, sorprende al portero y acaba al fondo de la red: ¡2-2!

—¡Armando ha engañado a todo el mundo! ¡Ha engañado incluso a vuestro reportero favorito! Volvemos a estar igualados. Ya os decía, amigos, que podíamos conseguirlo.

—¡Calla y no vuelvas a decirlo, gato negro! —aúlla Becan.

—Pues yo estoy de acuerdo con Tino —comenta Nico—. La cosa pinta bien. Si llegamos a los penaltis, estaremos de suerte, porque Fidu es el mejor portero del campeonato.

—Pues Tomi cree que Victoria es mejor —puntualiza Eva.

El capitán finge no haber oído nada, para evitar polémicas...

—Sí, parece que los equipos se han hecho a la idea de disputarse el pase en la tanda de penaltis —continúa Tino—. Hace un rato que tanto los Cebotigres como los Abejorros juegan con mucha prudencia, para evitar un error fatal. Como sabéis, no está previsto que haya prolongaciones, así que los protagonistas de esta emocionante semifinal se jugarán el pase al Bernabéu en los penaltis. Pero sigamos los últimos minutos del encuentro. Bruno entra en campo contrario y dispara a puerta sin pensárselo dos veces. Como veis, ningún equipo quiere dejar huecos y prefiere disparar de lejos para no exponerse a un contraataque.

—Perdona, reportero, pero ¿te importaría decírnos cómo ha acabado el tiro de Bruno? —pregunta Bécane.

—Ah, perdonad —responde el director de *¡Reporteros!*—. La pelota ha rebotado contra un Abejorro y ha salido por la línea de fondo. No entiendo por qué Armando no para de gritar a Sara que suba al ataque. Nos exponemos a otro contraataque y no veo cómo va a superar la gemela a esos gigantes...



Los Abejorros se miran atónitos y luego dirigen la vista hacia el árbitro, que extiende los brazos, como queriendo decir: «Es una jugada extraña, pero reglamentaria». Pita y señala el centro del campo. El gol es válido: ¡3-2 para los Cebotigres!

Sara va corriendo hasta el banquillo y salta en brazos de Armando, que grita como un poseso:

—¡Ha funcionado! ¡El truco del ascensor ha funcionado!

La casa de Tomi también es una fiesta.

—¡Al final he comprendido por qué no paraba de mirar partidos de *rugby* tu padre! —exclama Nico—. En el *rugby*, cuando la pelota sale del campo y hay que devolverla al terreno de juego, los chicos se disponen en dos filas para tratar de cogerla. Algunos agarran a un compañero por la cintura y lo levantan para que pueda llegar con más facilidad al balón. La jugada se llama precisamente «el ascensor».

—¿Entiendes ahora por qué le ha pedido Armando a Sara que subiera a atacar? —inquiere Eva—. Como locutor radiofónico tienes mucho que aprender...

—Bueno..., claro..., sí, tienes razón, Armando me ha vuelto a sorprender... —reconoce Tino—. Pero esto todavía no ha acabado, chicos. No perdamos la concentración. Solamente falta un minuto para el final, pero será tan largo como una hora, porque los Abejorros han subido como locos al ataque en busca del empate. ¡Aguanta, Fidu! Te prometo cien merengues si salvas el partido...

Tomi y sus amigos se acercan un poco más al teléfono, abrazados como los jugadores cuando cantan el himno nacional al principio de un partido. Apretujados como pétalos de la misma flor, escuchan la crónica de los últimos y apasionantes segundos de la semifinal.

—Sebas vuelve a barrer el área, pero los Abejorros se lanzan de nuevo en masa al ataque —prosigue Tino—. Podría ser la última jugada. El árbitro ya ha consultado dos veces su reloj. Pase desde la banda izquierda. ¡Aquiles despeja con la cabeza! ¡El verdadero gigante es él! El número 10, el pelirrojo, recupera el balón al borde del área, tira... ¡Poste! Sara se lanza en plancha y chuta. El balón rebota contra Bruno y se queda muerto en medio del área. ¡Sacadlo de ahí! Dispara un Abejorro... ¡Un nuevo portento de Fidu! Balón contra el travesaño... ¡Gol! No, a lo mejor...

—¡Se ha cortado! —grita Nico.

—¡Vuelve a llamarlo ya! —ordena Bécan.

Tomi marca el número de Tino y exclama:

—¡Está apagado!

—¡Tendría que hacer de quiosquero, no de periodista! —se indigna Bécan—. ¿Cómo es capaz de dejarnos plantados en el momento decisivo? ¿Ha sido gol sí o no?

—¿Y cómo quieras que lo sepa yo? ¡No soy mago! —le espeta Nico, muy nervioso—. ¿Por qué no llamas a tu padre?

—No creo que tenga el móvil encendido en el banquillo —replica Tomi—. Voy a llamar a mi madre.

El capitán marca a todo correr.

—Vaya, tampoco contesta. Supongo que en el estadio hay un ruido infernal y no lo oye.

—Llama a Champignon —propone Eva.

Tomi marca el nuevo número y al final logra que alguien le coja el teléfono. Colgado del extremo derecho de su bigote, el de las buenas noticias,

el cocinero-entrenador anuncia:

—¡Los Cebotigres han ganado! ¡Han llegado a la final! ¡El Bernabéu se va a llenar de Cebolletas!

Todos los Cebogoles se lanzan al campo a abrazar a sus amigos, los Cebotigres. No parecen dos equipos que se dispongan a luchar por el mismo trofeo en la final, sino el mismo equipo. Eso, y no el resultado del encuentro, es lo que hace brillar los ojos de Gaston.

Tomi y sus amigos celebran el resultado improvisando una ronda en el salón hasta que suena el teléfono. Es Tino, que anuncia:

—¡Los Cebotigres han llegado a la final!

—Por si no lo sabías, la noticia ya ha salido en todos los telediarios —contesta Bécan—. Has llegado el último. A lo mejor tendrías que cambiar de oficio.

Sus amigos se echan a reír.

Un par de horas después, Armando y Lucía regresan a casa.

Tomi los recibe con una enorme sonrisa.

—¿Quién lo hubiera imaginado? ¡Mis dos padres van a disputar una final en el Bernabéu!

—Pues sí, la pena es que tú no estarás —le contesta Armando—. El doctor recomienda que te quedes en casa diez días más. Pero no te preocupes: grabaremos el partido, así lo podrás ver todas las veces que quieras.

—Ni lo sueñes —replica el capitán—. Dentro de una semana estaré en el Bernabéu levantando un trofeo.

—El del segundo clasificado —precisa Armando—. Luego subiremos al estrado Sara, mi capitana, y yo, y recogeremos el del ganador.

—¿No me digas que de verdad crees que nos vas a derrotar? —salta Lucía mirándolo desafiante.

—Estoy casi seguro —responde Armando—. Si hemos derrotado a los gigantes, ¿cómo no vamos a poder ganar a un equipo dirigido por dos mujeres?

—Te recuerdo que has llegado a la final gracias al gol decisivo de una chica, Sara —replica Lucía con los brazos en jarras.

—Y a la buena suerte —añade Tomi—. Recuerdo perfectamente cómo ha ido el partido: os han tenido encerrados en el área del primer minuto al último. Han atizado miles de balonazos a los postes, el travesaño...

—¡Qué buena suerte ni qué ocho cuartos! —se enfada Armando—. ¡Hemos marcado nuestros goles siguiendo tácticas estudiadas durante los entrenamientos! ¡Todo ha sido gracias a la estrategia del mayor cerebro mundial del fútbol!

—¿Y ese eres tú? —inquiere Tomi, que no puede creer lo que está oyendo.

—¡Y quién si no! Y te lo demostraré en el Bernabéu. Tengo ya pensados un par de trucos adrede para vosotros. Por cierto: hasta el próximo domingo, no te puedes acercar a mi despacho, porque es ahí donde nacerán las estrategias con las que os derrotaremos. ¡Entrada prohibida!

—¿Y yo tampoco? —pregunta Lucía.

—Claro que no. ¡Hasta el domingo que viene, sois mis adversarios!

—Aunque supongo que tendré que seguir preparándote la comida y lavándote la ropa, ¿no? —le replica Lucía.

—Hombre, pues... sí. Es más, te agradecería que para cenar hicieras ese arroz con pescado que te sale tan bien... —propone el entrenador de los Cebotigres, y se relame los labios.

Tomi se echa a reír con ganas.

Como ves, en casa de los Ferrero todo el mundo bromea sobre el duelo inminente entre los Cebogoles y los Cebotigres. Los dos equipos de amigos, nacidos de la misma flor, serán incapaces de jugar sucio entre ellos. Pero, como es natural, los dos quieren ganar y durante la semana siguiente irá creciendo su rivalidad hasta extremos que quizás te sorprendan...



Todo empieza el lunes, es decir, el día después de las semifinales.

Sara y Lara salen del bar de la parroquia de San Antonio de la Florida con el esqueleto Socorro.

—¿Adónde lo lleváis? —pregunta Rafa con curiosidad.

—A casa —contesta Sara.

—¿Y por qué? —quiere saber Dani.

—Porque el domingo estará en las gradas con nuestros hinchas —aclara Lara.

—¿Y eso? —se sorprende Dani.

—Evidente: ¿con qué otro equipo iba a estar? —replica Sara.

—¡Con los dos equipos a la vez! —salta Rafa—. Siempre ha sido fan de todos los Cebolletas. Socorro es de todos.

—A lo mejor habéis olvidado su historia —contesta Lara—. Hace tiempo Socorro vivía en la escuela de baile de Sofía Champignon, que lo usaba para enseñar los pasos a sus alumnos. Cuando llegaba una nueva bailarina, Sara y

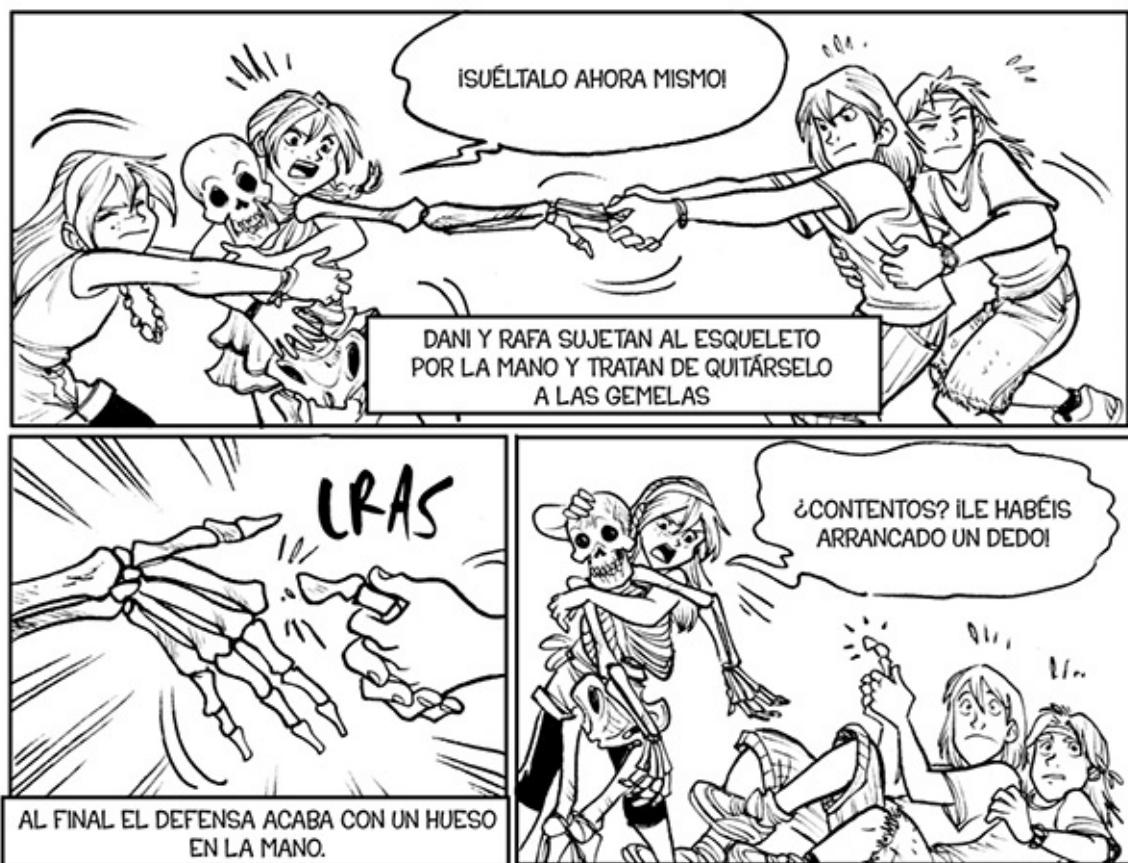
yo lo sacábamos por sorpresa y la pobrecita siempre salía despavorida gritando: «¡Socorro!». Por eso se llama así.

—Y, por si fuera poco, a la escuela de baile la llevamos nosotras —añade Sara—, porque fue nuestro padre quien lo compró. Así que será hincha de los Cebotigres. «¡Chócales la cebolla, Socorro!».

Dani se coloca delante de la verja de la parroquia para bloquear la salida.

—No estoy de acuerdo. Hace años que ha cambiado de casa. Vive en la parroquia, así que no es solo vuestro. Socorro es de todos, o sea que tenéis que dejarlo aquí.

—¡Ni lo sueñes! —zanja Sara—. Socorro es nuestro y nos lo quedamos nosotros, así que dejadnos pasar, que tenemos que volver a casa.



Por suerte interviene Tomi, que ordena a sus compañeros que suelten enseguida al esqueleto.

—¿Se puede saber qué hacéis?

—Intentamos evitar un secuestro —responde Dani.

—No estamos secuestrando a nadie, ¡Socorro es nuestro! —salta Lara.

—El esqueleto es de ellas y pueden hacer con él lo que quieran —dictamina el capitán—. Menos mal que no nos ha visto Champignon... Bonita manera de empezar la semana de la final. Si el lunes ya nos estamos peleando,

¿cómo acabaremos el domingo en el campo? ¡A ver si al final Gaston nos vuelve a castigar y nos deja sin jugar la próxima liga!

Sara arranca el hueso de la mano de Dani y sale por la verja junto con su gemela y el esqueleto Socorro.

Por la tarde del mismo día, se produce un nuevo incidente diplomático, cuando los Cebogoles salen al campo a entrenar.

Inesperadamente, del vestuario sale el Gato vestido de portero.

El primero en advertirlo es Fidu, que está sentado con las gemelas, João y Bruno en un banco al borde del campo.

—Creo que los Cebogoles han contratado a un nuevo jugador...

—¿Qué hace el Gato con los «Aficionados»? —se extraña Sara.

—¿Y esos quiénes son? —pregunta Bruno, que lleva en brazos a su perro, Pipo.

—Los Cebogoles —explica Lara—. Hemos discutido con ellos, así que hemos decidido llamarlos así.

—Sea como sea, no han contratado a ningún portero —responde João—, sino que el Gato siente debilidad por Victoria, como ya habréis notado, y se ha ofrecido para ayudarla en los entrenamientos para la final.

—¡No es justo! —salta Lara—. Gracias a sus consejos, Victoria jugará mejor y a nosotros nos costará mucho más marcar. Los Cebolletas que no participan en la final deberían ser neutrales... ¿Somos o no somos una sola flor?

—Precisamente porque somos una flor, no hay nada malo en que un pétalo ayude a otro —apunta el brasileño.

—Entonces ¿por qué no ayuda el Gato a Fidu? —pregunta Lara.

—Porque ya juego demasiado bien —responde Fidu, degustando su megacucuricho de helado con nata montada.

—No, porque no eres tan guapo como Victoria —se carcajea Bruno.

—¿O sea que los Encebollados vais a animar el domingo a los Aficionados? —pregunta Sara.

—No he dicho eso —se defiende João.

—Si los ayudáis significa que estáis con ellos —insiste la gemela.

—Yo no estoy con nadie —replica el brasileño—. El domingo iré al Bernabéu a ver un bonito partido y me alegraré por el equipo que gane, porque todos los jugadores que disputarán el encuentro son amigos míos.

—Pues yo estoy convencida de que el Gato no tendría que entrenar a un Cebogol y pienso decírselo ahora mismo —decide Sara, antes de levantarse y cruzar el campo.

—Hola, Sara —la saluda el Gato—. ¿Estás espiando los entrenamientos de tus rivales?

—No, he venido a decirte que no nos parece justo que entrenes a Victoria. Habría sido un detalle que te mantuvieras neutral. Un verdadero amigo no ayuda a unos compañeros sí y a otros no.

El violinista se queda tan sorprendido por el reproche de Sara que no encuentra palabras para responder.

—Pero si yo...

Hasta que interviene Dani, que ha oído las quejas de la gemela:

—También habría sido un detalle que Socorro se hubiera mantenido neutral.

—¡Si Socorro es nuestro! —salta Sara.

—Pues el Gato, no, así que es libre de decidir a quién ayuda —suelta Dani.

—Y ahora, si no te molesta, estaría bien que salieras del campo, porque tenemos que entrenar —añade Rafa—. El domingo nos espera una final muy importante.

—¡Nos vemos en el Bernabéu, Aficionados! —brama la gemela, que vuelve hacia el banco a paso de carga.

—¡¿Aficionados?! —repiten a coro Rafa y Dani, mirándose con perplejidad.

A Tomi la escena le ha sentado mal. La víspera de un derbi entre amigos tendría que ser una fiesta, y cada día saltan más chispas.

Elena, con su inconfundible chándal blanco, reúne a los Cebogoles en el centro del campo.

—Queridos todos, solo falta un partido para que acabe la temporada. Será el más importante, pero no va a cambiar en nada lo que pienso de mi equipo. Es inútil que cuelgue las notas del tablón de anuncios, porque ya lo sabéis: ¡para mí estáis todos aprobados!

Los Cebogoles responden con gritos y aplausos estruendosos.

—Pero sería una pena no llevarnos a casa un recuerdo de esta fantástica temporada, ¿no os parece?

—Una hermosa copa estaría la mar de bien —responde Ígor.

—Tampoco estaría mal un trofeo que coser en el pecho de la camiseta — sugiere Tamara.

—Estoy de acuerdo con vosotros. Nuestro querido Champignon nos ha enseñado que quien se divierte siempre gana, y nosotros el domingo iremos al Bernabéu a divertirnos antes que nada. Pero, al tiempo que nos divertimos, trataremos de ganar el campeonato...

Un nuevo estrépito acoge las palabras de la maestra-entrenadora.

—Jugaremos contra un equipo de amigos, pero no debemos sentirnos incómodos tratando de derrotarlos. La mejor manera de respetar a un adversario en cualquier deporte es luchar al máximo por intentar superarlo, respetando siempre las reglas, por supuesto. Y ahora, ¡a trabajar! Esperadme dentro del área grande, que vuelvo enseguida.

Elena regresa con un tarro enorme que coloca en el punto de penalti.

—¡Pero si es salsa de tomate! —exclama Nadira.

—Sí, me la ha dado Gaston.

—¿Vas a prepararnos espaguetis? —pregunta Pavel.

—Esta salsa servirá para entrenar a los delanteros —aclara la maestra—. Si nos llamamos Cebogoles es porque nuestro punto fuerte son los goles. Pero el domingo nos veremos las caras con la defensa más dura del campeonato.

—O sea que para luchar contra los tigres quieras que nos comamos una buena ración de espaguetis... —bromea Berto.

—No, Tomi, Rafa y tú os vais a poner estas camisetas blancas. Los demás tienen que meter las manos en el tarro de tomate y volver al interior del área.

—Los tres tendremos que entrar en el área y tratar de evitar que nos pinten con salsa de tomate, ¿verdad? —aventura Rafa.

—Exacto —confirma la maestra—. El domingo os encontraréis con un área llena de defensas. Si no os movéis como gacelas, no tendréis ninguna oportunidad. Para llegar a los pases y liberaros de los mastines de Armando, tendréis que moveros sin parar.

—Pero qué manera de desperdiciar tanta salsa de tomate... —comenta Kalou chupándose los dedos.

—¡Si te la comes toda, no te quedará nada para el entrenamiento, Kalou! —lo regaña Elena—. Además, mejor que no comas nada. Champignon me la ha dado porque está un poco pasada...

Kalou se saca enseguida los dedos de la boca, entre las carcajadas de sus amigos. En cuanto están dentro del área todos los jugadores con las manos manchadas, Elena pita para indicar el inicio del ejercicio. Berto, Rafa y Tomi entran en el área y tratan de driblar a sus compañeros.



La internada de Berto también empieza mal.

Elena lo reprende:

—¡Tienes que moverte más! ¡Corre o el domingo las gemelas no te dejarán dar pie con bola!

—Puedes estar seguro —asegura Sara, que está contemplando el entrenamiento sentada en un banco.

El ejercicio, precioso para los atacantes, ha sido divertido para todos. Tan divertido que a Dani se le ocurre un complemento...

—Chicos, ¿el chándal blanco e inoculado de Elena no os da ninguna idea? —pregunta el defensa andaluz, que siempre tiene ganas de gastar bromas.

La maestra-entrenadora intuye el peligro demasiado tarde.

—No, chicos, por favor... Sed buenos... Lo acabo de lavar. ¡Un momento! ¡Quietos! ¡Os voy a suspender a todos! —amenaza Elena, mientras trata en vano de refugiarse en el vestuario.

En pocos segundos, su chándal impoluto se transforma en un cuadro abstracto. Esta noche Elena tendrá que volver a usar la lavadora...



Gaston Champignon, que está siguiendo el entrenamiento a la sombra del gran pino, suelta una tremenda carcajada mientras se atusa el bigote por el lado derecho. Pero antes, cuando ha seguido la discusión entre las gemelas, Rafa y Dani, el cocinero-entrenador se había acariciado frenéticamente el bigote por la otra punta.

También disfruta viendo cómo entrena el Gato y Victoria. Así es como se comporta una flor de verdad: un pétalo ayuda a otro.

El violinista tiene dos balones en la mano y dos delante de los pies. Victoria está entre los palos.

—¿Lista? —pregunta el Gato.

—¡Dispara! —contesta Victoria.

El violinista chuta primero raso, y la guardameta de los Cebogoles se lanza hacia la derecha y desvía fuera. Se levanta como un resorte y vuela hacia el poste opuesto para interceptar el segundo balón.

—¡Genial! —exclama el Gato, antes de lanzar el tercer misil con las manos.

Victoria salta y lo desvía con el puño por encima del travesaño. Luego, mientras el Gato envía el cuarto tiro, hace una cabriola hacia delante y logra blocar el esférico antes de que toque el suelo.

—¡Perfecto! —la felicita el Gato «chocando la cebolla» a la número 1 de los Cebogoles, que sonríe satisfecha.

—¡Vaya, Victoria está en forma! —comenta Fidu, sentado en el banco.

—No veo la hora de marcarle el «gol del ascensor»... —exclama Sara lanzándole su mirada más feroz.

El miércoles un nuevo incidente calienta aún más los ánimos para la final del Bernabéu y lleva los dedos de Champignon de nuevo hacia el lado izquierdo de su bigote.

Es un día de entrenamiento para los Cebotigres. El equipo de Sara acaba de salir del vestuario y Armando está prescribiendo algunos ejercicios de estiramiento para desentumecer los músculos, cuando se presenta por sorpresa Adam en camiseta de tirantes y calzones negros, con gafas de sol, gorra de béisbol y un cronómetro colgado al cuello.

—Ánimo, chicos, vamos a hacer unos kilómetros por las calles del barrio y luego os torturaré en el gimnasio. ¿Queréis ganar en el Bernabéu? — pregunta el propietario del KombActivo—. ¡Pues entonces venid conmigo!

Tomi y los Cebogoles, que asisten al entrenamiento desde el borde del campo, se miran incrédulos.

Dani va a ver a Sara inmediatamente.

—O he oído mal, gemelita, ¿o ahora resulta que entrenáis en casa de los Escualos?

—Has oido perfectamente —replica Sara—. ¿Algún problema?

—¡Pues claro que hay un problema! El otro día te pusiste como una fiera porque el Gato entrenó con nosotros y ahora vais a entrenar con los Escualos... Antes que nada, el Gato es un amigo, mientras que la banda de Pedro siempre ha estado en contra de todos los Cebolletas.

—Pues esta vez se han portado como auténticos amigos —contesta Lara—: con decirte que vendrán todos a apoyarnos al Bernabéu con las banderolas de los Escualos...

Rafa y Tomi se quedan mirándose con la boca abierta.



7 LAS SETAS DE ARMANDO

Los tigres de Armando salen a la carrera de la parroquia, en fila de a dos, detrás de Adam, que los guía hasta el KombActivo.

En cuanto entran en el gimnasio, los chicos miran a su alrededor, observan el inmenso tiburón pintado en la pared y los modernos aparatos que sirven para entrenar los músculos.

—Menudo sitio... —comenta Aquiles, admirado.

—¡Mira todo el peso que está levantando ese tipo! —señala Fidu.

Un chico de pelo rapado y con los brazos tan gruesos como troncos, tumbado sobre un banquillo, empuña una barra cargada de mancuernas y la levanta de un poderoso tirón.

—¡Qué fuerza! —exclama Diouff—. Fidu, ese gigante podría levantarte incluso después de que te hubieras zampado dos toneladas de merengues.

—Sara, Lara, Terry y Billy, venid conmigo —ordena Adam—. Aquiles y Bruno, haced un poco de cuerda: sois centrocampistas, así que tendréis que correr más que nadie. Los demás que se suban a una bicicleta para calentar los músculos.

El estadounidense lleva a los gemelos delante de cuatro sacos de cuero llenos de arena y colgados del techo. Luego les da cuatro pares de guantes de boxeador.

—Sabes que la final del Bernabéu es de fútbol, ¿verdad? —le recuerda Sara.

—Ya lo sé, y también sé que ellos son mejores que vosotros, porque no tenéis a *cracks* como Tomi o Rafa —contesta Adam—. El único aspecto en que los superáis es la saña. Por eso me ha pedido Armando que os entrene. Si aprendéis a luchar con garra contra estos sacos de arena, podréis hacer lo mismo el domingo contra los Cebogoles. Atacadles y no paréis aunque os duelan los brazos. Si aprendéis a soportar el sufrimiento, estoy seguro de que la copa del Bernabéu será vuestra. ¿Listos? Tenéis que machacar a puñetazos esos sacos durante cinco minutos. ¡Ya!

Sara y los otros gemelos se lanzan contra los sacos y los muelen a golpes: izquierda, derecha, izquierda, derecha...

—¡Muy bien así! ¡Más fuerte! —los azuza Adam—. ¡No les dejéis respirar! ¡Golpes más rápidos! Estás perdiendo ritmo, Terry... ¡No aflojes! Si el domingo bajas la guardia, Tomi te dejará plantado y marcará... ¡Ese zurdazo ha sido muy suave, Lara! ¡Más fuerza en los golpes! La zurda de Berto da miedo, ¡la tuya debe dar todavía más!

Izquierda, derecha, izquierda, derecha... Los cuatro defensores atacan los sacos sin tregua.

—Ánimo, chicos, ¡solo faltan dos minutos! —les anima Adam—. ¡Habéis perdido fuerza! ¡Al ataque! Podéis ayudarlos con los pies. Sois futbolistas, ¿no? Atizadles a los sacos como si fueran pelotas que despejar lo más lejos posible. ¡Vamos!



Cuando acaban los cinco minutos, Adam pita el final del ejercicio, y los cuatro Cebotigres, exhaustos, se tumban por el suelo como boxeadores noqueados.

—Fantástico entrenamiento, chicos —comenta Pedro, que ha aparecido por sorpresa—. Celebro que os hayáis decidido por fin a venir con los Escualos. Tranquilos, gracias a nuestro gimnasio y nuestros ánimos, el domingo derrotaréis a los Cebolluchos de Tomi.

Roger y César, que se encuentran detrás de él, se ríen con ganas.

Esa misma noche, durante la cena, Tomi discute con su padre.

—No sé cómo se te ha ocurrido entrenar a los tigres en el KombActiv —se pregunta el capitán.

—Se me ha ocurrido porque soy un genio —responde Armando—. Todos los grandes equipos tienen a un gran preparador atlético, y Adam sabe lo que se hace. Y el hecho de que te moleste tanto demuestra que ha sido una buena idea.

—No me molesta porque tenga miedo de perder contra vosotros. Me molesta porque esa es la casa de los Escualos, que siempre nos han puesto

todos los palos que han podido en las ruedas y han tratado de ganarnos jugando sucio.

—A lo mejor olvidas que, además de ser la casa de los Escualos, el KombActivo es el gimnasio en el que se desarrolló mi gran carrera de boxeador imbatido —recuerda Armando.

—Papá, solo luchaste una vez y ganaste por equivocación —precisa el capitán.

—En cualquier caso, no he perdido nunca —zanja el conductor del 54—. Mira, nuestras armas son la defensa y la lucha a ultranza. Vosotros sabéis marcar; nosotros, evitar que nos marquen. Cada uno es libre de jugar y entrenar como quiera, ¿o no?

—Pero ¿te parece normal entrenar en un campo con las puertas cerradas? —insiste Tomi.

—¿Y por qué no? Tenemos que proteger nuestras tácticas. Los tres goles que marcamos a los Abejorros fueron fruto de trucos que habíamos preparado en los entrenamientos. Si nos hubieran espiado, no habríamos podido sorprenderlos. Así que puertas cerradas también para vosotros.

—Me gustaría recordarte que estamos hablando de fútbol, no de guerra —interviene Lucía.

—Después del ataque del hijo, aquí viene el de la madre... —comenta Armando—. Perfecto: toda la familia contra mí. Pero me gusta: si estáis preocupados, eso significa que nos tenéis miedo.

—A mí lo único que me preocupa es la cantidad de setas que estás comiendo. ¿No exageras?

—Están estupendas —responde el marido—. Además, las setas contienen sustancias que estimulan el cerebro. Después de la cena me espera una larga sesión táctica en el despacho. Estoy poniendo a punto una jaula diabólica que impedirá que toques bola en el Bernabéu, capitán...

—¿Me la enseñas?

—¡Menuda ocurrencia! —salta Armando.

Efectivamente, después de la cena, el entrenador de los Cebotigres se encierra en su despacho y llena hojas y más hojas con dibujos y cuadros, sin parar de buscar información en internet.

De la puerta ha colgado tres carteles que dicen: «CUIDADO, PERRO PELIGROSO», «PROHIBIDO EL PASO A TODA PERSONA AJENA A LA OBRA» y «PELIGRO: DESCARGAS ELÉCTRICAS».

El capitán los lee, suelta una carcajada y se mete en su habitación. Pero, en medio de la noche, lo despiertan unos ruidos y una luz en el pasillo. Se

levanta y se topa con Lucía.

—¿Qué pasa, mamá?

—Tu padre se encuentra mal. Le duele mucho el estómago.

—Han sido las setas, ¿verdad?

—Así es... —confirma Lucía.

Armando, con una tremenda indigestión, se queda en la cama todo el día siguiente. Es jueves.

Tomi lo saluda antes de ir al colegio.

—Hola, papá, ¿estás mejor? Creo que las setas le sientan mejor al cerebro que a la barriga...

—Habéis tratado de envenenarme, estoy seguro —responde Armando con una mueca de dolor—. Tu madre y tú habéis llenado las setas con veneno para impedirme estar en el banquillo el próximo domingo.

—Estás delirando, papá. —Tomi rompe a reír—. Pero no te preocunes. Una semana en la cama y estarás curado. ¿Qué me decías antes de la semifinal? Ah, sí, que la salud es lo más importante, ¿verdad? Lo mejor será que te quedes en la cama también el domingo. Puedes llamar a Tino y que te retrasmite el partido por teléfono. A veces no se entera de si ha entrado el balón o no, pero por lo demás lo hace bastante bien.

—Ya te gustaría a ti, ¿eh? —salta Armando—. Pues el domingo estaré en el banquillo dirigiendo a mis tigres hacia el triunfo y encerrándote en una jaula.

Tomi sonríe y se va. De camino a su cuarto pasa por delante del despacho de su padre. Mira a su alrededor y abre la puerta con sumo cuidado, para no hacer ruido. En el escritorio, junto al ordenador, está el bloc con los apuntes tácticos.

Sabe que no es justo aprovecharse el momento de debilidad de su padre para cotillear las tácticas y trucos de los Cebotigres, pero la tentación es demasiado fuerte. El capitán coge el gran cuaderno a cuadros del que sobresalen fotos y recortes de periódicos.

En la primera página se describe un sistema para sacar faltas con muchos croquis. Hay un Cebotigre colocado al lado de la barrera de los rivales; otro está más lejos y se dispone a recibir el pase. El tigre que saca coge carrerilla y finge disparar a puerta, pero pasa al compañero libre, que, de primeras, envía la pelota al área, donde penetra el tigre que estaba situado al lado de la barrera.

«Una idea muy conseguida —reconoce Tomi—. Con dos simples pases, pueden marcar...».

Por la tarde, Elena dirige un nuevo entrenamiento de los Cebogoles.

Solo faltan tres días para la gran final del Bernabéu.

Armando tiene razón: los Cebogoles son muy buenos marcando goles, y los Cebotigres, evitando que se los marquen. Elena también lo sabe bien y por eso desde principios de semana está entrenando a su explosivo tridente de delanteros.

—Cuando estudiáis, lo mejor es meteros en la cabeza una lección y repetirla muchas veces. Una, diez, cien veces, las que hagan falta... Creo que funciona igual con los goles, así que hoy repetiremos cien veces la lección que nos saldrá en el examen del Bernabéu.

—¡¿Cien veces?! —repite Rafa, perplejo.

—Sí, cien veces —asegura Elena.

—Pero cien veces... ¿qué? —inquiere Dani.

—Cien goles —aclara la maestra-entrenadora—. Os dividiréis en dos grupos: uno enviará pases desde la banda derecha, y el otro, desde la izquierda. Rafa, Tomi y Berto esperarán al borde del área y dispararán por turnos a la portería, que estará vacía. Yo contaré los balones que se cuelen, hasta que lleguemos a cien.

—Como cuando la lías en el colegio y la maestra te castiga a escribir cien veces una frase en la pizarra —observa Ígor.

—Exacto —confirma Elena—. Después de haberla escrito cien veces, te acaba entrando en la cabeza. Lo mismo ocurrirá con los balones, o eso espero: después de haber colado cien pelotas al fondo de la red, nuestros delanteros marcarán sin darse cuenta durante el partido del domingo...

El primer pase es de Nadira, que sube con agilidad por la banda derecha y envía una pelota al pie de Tomi, que suelta desde el borde del área un derechazo espectacular que se cuela bajo el larguero.

A pase de Ígor, Rafa se prepara con tiempo y marca con un derechazo al vuelo que entra rozando el poste.

El envío de Dani llega al centro del área raso. Berto se lanza en plancha y envía la pelota al fondo de la red después de rebotar contra la cara interna del palo.

El que marca va corriendo a por la pelota y la devuelve a sus compañeros de la banda. Todos están en constante movimiento, como en un hormiguero.

Elena va contando los balones que han llegado al fondo de la red, haciendo cada vez una señal sobre su bloc.

Berto parece en forma: su zurdazo asesino, que no siempre es preciso, hoy está siendo diabólicamente efectivo. Pero Tomi y Rafa no le van a la zaga: aunque son menos potentes y más técnicos, tienen una media goleadora destacable.

Hasta el punto de que Sara, que está observando la escena al borde del campo con algunos Cebotigres, comenta:

—Es mucho más fácil moler a golpes los sacos del KombActivo que conseguir pararles los pies a esos tres fenómenos...

Elena no esperaba llegar a cien tan rápido. Sus artilleros están listos para el Bernabéu.

Pero, cuando termina el entrenamiento, salta una nueva chispa: Dani no encuentra sus medias apestosas.

—Si alguien me las ha escondido, que las saque enseguida. Con estas cosas no se juega.

Como sabes, Dani es muy supersticioso. Del primer día de la liga al último juega con las mismas medias, que no lava nunca. Está convencido de que, partido a partido, las medias se van impregnando de un fluido mágico. Según él, cuanto más apesan más suerte dan. Sin sus medias se sentiría indefenso, como un soldado sin escudo o casco.

—Yo juraría que han sido los Cebotigres —aventura Rafa—. A base de entrenar en el mismo gimnasio que los Escualos, se han vuelto como ellos.

—¡Es verdad! —salta Dani—. Mientras entrenábamos estaban todos sentados en el borde del campo.

—Sí, pero para robarte las medias habrían tenido que entrar en el vestuario cuando estábamos nosotros. Y los habríamos visto —puntualiza Tomi.

Dani, furibundo, sale del vestuario con sus chanclas y va hacia los Cebotigres, que están charlando bajo el gran pino de la parroquia.

—¡Devolvedme ahora mismo mis medias!

—¿Perdona? —pregunta Lara.

—No hagáis como si no supieseis de qué va —insiste Dani—. Quiero las medias que me habéis robado.

—¡Venga, Goleadorucho, no puedes acusarnos sin pruebas! —se indigna Sara.

—Además, si las hubiéramos robado, ¿dónde las habríamos escondido? —observa Fidu—. Su olor se percibe a diez kilómetros de distancia.

—¡Os estáis volviendo como los Zetas! —les grita Dani—. ¡Tendrás que dejaros coleta!

Los Cebotigres dan un bote todos a la vez. Los ánimos se encienden.

Una vez más, Tomi tiene que intervenir para suavizar el ambiente y llevarse a Dani al vestuario. El capitán está preocupado. Los días previos a la gran final la atmósfera está cada vez más enrarecida. Decide hablar del tema con Nico.

—No lo entiendo —dice el número 9—. Hasta las semifinales todo fue bien: los dos equipos se apoyaban mutuamente. Pero luego las cosas se torcieron: el esqueleto Socorro, el Gato y Victoria, el KombActivo, la desaparición de las medias...

—Tengo la impresión de que los Cebotigres se están tomando demasiado en serio la final —comenta Nico—. Sara y Lara están irreconocibles. Nunca habían soportado a los Escualos y ahora van y entrenan con ellos.

—Tienes razón. Mi padre está más tenso que un resorte. Menos mal que las setas lo han calmado un poco... —bromea Tomi—. Me preocupa Champignon. Si se da cuenta del mal ambiente que rodea a los Cebotigres y los Cebogoles, es capaz de volver a cerrar el campo y hacer que no disputemos la próxima liga. Además, tampoco las tengo todas con los hinchas: si se ponen tan nerviosos como Sara y Dani, el espectáculo en el Bernabéu podría ser penoso...

—Por eso no te preocupes —le tranquiliza Nico—. Dentro de poco he quedado con los hinchas de los dos equipos en la parroquia. Si les parece bien mi idea, en la tribuna vamos a dar un auténtico espectáculo.

—¿Qué idea? —pregunta Tomi, muerto de curiosidad.

Verás como a ti también te sorprende la ocurrencia del lumbra...



8 EL FICHERO DEL GATO

El viernes por la tarde, Dani se presenta en la parroquia trastornado, agitando dos medias blancas.

—¡Me las han lavado! ¡Han usado hasta suavizante! ¡Apestan a lavanda!

—Cálmate —trata de tranquilizarlo Tomi—. Cuéntame bien dónde las has encontrado. ¿Estás seguro de que son las tuyas?

—Claro que estoy seguro. Y no las he encontrado. El que me las robó me las metió en el buzón. Había estado jugando con ellas desde septiembre. Estaban tan sucias que se sostenían solas. Con esas pestilencias en los pies me sentía imbatible... ¿Qué voy a hacer el domingo?

—El que tiene el fluido mágico eres tú, no tus medias apestosas — contesta Tomi—. Ya verás cómo juegas igual de bien.

—Gracias, capitán, pero esta vez los tigres se han pasado de la raya — insiste Dani.

—Olvídate del tema y vamos a cambiarnos para el entrenamiento — concluye Tomi—. Hoy hace un calor sahariano, así que esta tarde tus medias ya empezarán a estar de lo más aromáticas...

—Voy, pero antes quiero decirles un par de cosillas a las gemelitas — decide Dani, antes de acercarse a paso de carga a los bancos del borde del campo, donde están sentados algunos Cebotigres.

—Felicidades, ¡ya sois iguales que los Escualos! —exclama el defensa andaluz—. Vais al mismo gimnasio y ahora gastáis las mismas bromas. ¿Ya os metéis el dedo en la nariz, como César?

—¿De qué hablas? ¿Qué bromas son esas? —pregunta Sara—. ¿No te habrán dado un pelotazo en la cabeza y te has quedado atontado?

—Tengo las ideas clarísimas —contesta Dani—. Hablo de mis medias, que me habéis lavado y perfumado. ¡Lo habéis hecho aposta para arruinar mi partido del domingo!

—¡Está claro que el balonazo te lo han dado con un balón de baloncesto! —salta Lara—. ¡No sabemos nada de tus medias apestosas! Yo no las tocaría ni con pinzas...

—¡Habéis sido vosotros! —insiste el andaluz.

—Te repito que nosotros no tenemos nada que ver —insiste Sara—. De todas maneras, le agradezco el detalle a quien te las haya lavado. Habrías contaminado el Bernabéu y en el vestuario del Real Madrid habría quedado flotando el pestazo durante toda la próxima liga, por lo menos.

Los Cebotigres se ríen con ganas.

—Vamos, Elena está pasando lista —interviene Tomi, que coge a Dani por un brazo y le convence para que vuelva al vestuario.

En cuanto los dos Cebogoles se alejan, Aquiles comenta con satisfacción:

—A juzgar por cómo se lo ha tomado, nuestra broma ha salido redonda.

—¿Has sido tú? —pregunta Sara, sorprendida.

—Con mis dos grandes colaboradores —confirma el exmatón «chocando la cebolla» a Terry y a Billy.

—Ya sabes que a nosotros nos gusta gastar bromas —se justifica el pequeño inglés.

—Billy consiguió entrar en el vestuario de los Aficionados y robar las medias sin que nadie lo viera —cuenta Aquiles.

—Aunque la idea de perfumarlas con suavizante a la lavanda fue mía — informa Terry.

Sara y Lara se miran, sorprendidas. Por primera vez comprenden que han creado demasiada tensión en la víspera del gran partido y se sienten un poco culpables. Se han dejado llevar por los nervios y las ganas de ganar el campeonato a cualquier precio.

Y no es así como se comportan los Cebolletas.

Elena reúne el equipo en el centro del campo y explica:

—Tener buenos delanteros y no saber aprovecharlos es como haber estudiado mucho y luego no contestar a las preguntas en los exámenes. Por eso, después de practicar los tiros, hoy nos dedicaremos a los pases de los centrocampistas, que intentarán hacer llegar el balón a Rafa, Tomi y Berto. Tendrán que ser muy precisos, porque, como sabéis, los tigres se cerrarán en defensa y dejarán pocos huecos a nuestras puntas.

La maestra-entrenadora señala tres círculos dibujados con yeso en el interior del área de penalti y continúa:

—Tomi, Rafa y Berto recorrerán el área sin parar, de izquierda a derecha y al revés. Solo podrán recibir el balón y disparar cuando estén dentro de uno de estos tres círculos. Por eso tendréis que lograr pasarles la pelota en el momento justo y el lugar adecuado. ¿Alguna duda?

Los defensas y los mediocampistas van a por un balón, mientras los delanteros se colocan en el área y empiezan a correr de un lado a otro. Tamara avanza con la pelota pegada al pie, estudia la posición de Tomi y, cuando está a un metro del círculo central, le envía una parábola. El capitán controla con el pecho en el centro de la circunferencia y, tras una pируeta, golpea el balón al vuelo, colándolo bajo el larguero.

—¡Perfecto, chicos! —aplaude Elena—. Seguid así. Haced también pases rasos, que son más difíciles de cortar.

Mientras la maestra entrena a su equipo a bombardear balones a sus delanteros, el Gato sigue ayudando a Victoria a preparar la final, dándole infinidad de consejos. Hoy el violinista se concentra en los penaltis.

—Los Cebotigres saben defenderse muy bien, no será fácil marcar —explica el Gato—, así que no hay que descartar que la final se decida en la tanda de penaltis. La gran protagonista del domingo podrías ser tú.

—¡Estoy lista! —grita Victoria con una sonrisa.

—Los grandes porteros de primera división conocen las características de todos los especialistas en penaltis que hay en activo: de qué lado suelen enviar el balón, cómo lo golpean, qué tipo de carrerilla toman... —sigue el Gato—. Tienen un fichero lleno de información.

—¿Un fichero? —repite, incrédula, Victoria.

—Sí, apuntan todas las características de los especialistas en penaltis y, el día antes de enfrentarse a cada equipo, consultan las correspondientes fichas para estar preparados. Nosotros solemos jugar contra desconocidos, pero el

domingo tendrás enfrente a los Cebogoles, nuestros amigos. Sé perfectamente cómo disparan los penaltis y puedo darte algunos consejos.

—¡Sería genial! —exclama Victoria.

—Pero no levantes la voz, porque si no nos oirán los tigretones que están al borde del campo. Empecemos por Aquiles. Suele disparar como lo que fue: un matón. Duro y por el centro. Sabe que normalmente los porteros se tiran de lado, así que dispara cañonazos por el medio, que suelen rozar el travesaño.

—Podría fingir que me voy a tirar y quedarme plantada en el centro de la portería, para despejar con los puños.

—Exacto, eso mismo —aprueba el violinista—. Ponte en tu sitio y haremos un ensayo.

El Gato coge carrerilla, Victoria da un paso hacia la derecha, recupera inmediatamente su posición inicial y desvía el balón con el puño por encima del larguero.

—Yo también habría parado un penalti como ese —comenta Becan, sentado en un banco.

—¡Muy bien, Victoria! —la felicita el violinista, antes de explicarle la técnica de otros dos especialistas—. Ahora vamos con Sara y Lara, que, como buenas gemelas, chutan igual: con el interior del pie. Sara con el derecho y Lara con el izquierdo. Podrás adivinar sus intenciones por su carrerilla.

—¿Cómo?

—Sara, para disparar mejor con el interior, suele salir ligeramente escorada hacia la izquierda con respecto al balón. Apuntará a tu ángulo derecho, así que lánzate hacia ese lado. Si coloca mucho el tiro, no te será fácil alcanzarlo, pero si te echas rápido y hacia delante, lo puedes conseguir. Veamos.

Victoria se coloca entre los postes, sobre las puntas de los pies y con las rodillas dobladas, lista para lanzarse como un resorte. El violinista suelta un tiro colocadísimo con el interior del pie derecho. La pelota, llena de efecto, gira sobre sí misma y se dirige hacia la esquina inferior.

La portera se lanza, alarga el brazo derecho y con las puntas de los dedos logra rozar la pelota lo justo para despejarla a córner.

—¿Y esa la habrías parado? —pregunta Fidu, y se traga una patata frita.

—Pura suerte —replica Diouff.

—Nada que ver con la suerte —refuta el porterón—. Ha sido una gran parada. Si se hubiera tirado de lado, como todos, habría entrado el balón. En cambio, Victoria ha tapado en parte el hueco de la portería al echarse un poco hacia delante, como hacen los grandes guardametas. Chicos, creo que

tendremos que intentar ganar la final antes de los penaltis, porque Victoria está que da miedo...

El Gato sigue informando a su amiga sobre la técnica de los demás especialistas.

—El tigre más peligroso es Diouff, porque es imprevisible: puede disparar con la zurda o la diestra, por el centro o colocado, fuerte o suave. Lo decide siempre en el último segundo...

—Así que no tengo nada que hacer —deduce Victoria, con cara de resignación.

—Hay algo que sí puedes hacer: mirarlo a los ojos.

—¿Para hipnotizarlo y que se duerma?

—No, para descubrir su punto débil. Cuando pone el balón sobre el punto de penalti, Diouff siempre mira en la dirección en la que va a chutar.

—No pienso quitarle el ojo de encima —le promete Victoria.

Nico se ha citado con los hinchas de los Cebogoles y de los Cebotigres en el patio de la parroquia de San Antonio de la Florida. Tienen que preparar las nuevas banderolas que harán ondear en el Bernabéu el día de la gran final.

—Cuando la Real y el Atlético juegan un derbi en el Bernabéu, las dos hinchadas siempre preparan algo especial. Nosotros también vamos a disputar un derbi, así que estaría bien que preparásemos los dos fondos que vamos a ocupar —propone Rubén, compañero de clase de Tomi y jefe de la hinchada del equipo de Elena.



RUBÉN

—Buena idea —aprueba Ana, especialista en titulares de *¡Reporteros!*, gran amiga de Fidu y jefa de los hinchas de los tigres—. Será un buen concurso a ver quién grita más fuerte.

Nico, preocupado por que los nervios acumulados los días previos al partido puedan contagiar también a los fans, interviene enseguida:

—Yo tengo una idea más original. En lugar de hacer dos fondos, ¿por qué no montamos uno solo, que anime a todos los jugadores que estén en el campo?

—Pero nosotros queremos que ganen los Cebogoles, y ellos los Cebotigres —observa Rubén—. Si queremos cosas distintas, ¿cómo vamos a gritar lo mismo?

—Cada uno puede animar a su equipo, pero formando un solo grupo. En el fondo, los jugadores que estarán en el campo también formarán un solo grupo, porque todos son Cebolletas, aunque vistan camisetas distintas —explica Nico—. ¿Qué sentido tendría que estuviéramos divididos?

—Pues sí, no parece mala idea —reconoce Ana—. Nuestras dos enormes banderolas pueden ondear juntas.

—¿Y si solo hicieramos una? —insiste Nico—. Podríamos coserlas: un lado blanco para los Cebogoles, otro blanquirrojo para los Cebotigres. Así, cada vez que la agitéis, animaréis a los dos equipos al mismo tiempo. Como las ofertas de los supermercados: «dos por el precio de uno».

—Yo me apunto —aprueba Rubén—. Como en el campo solo habrá un grupo de amigos, en la tribuna es lógico que solo haya un grupo de hinchas, aunque nosotros esperemos que sea Tomi el que levante el trofeo y los fans de los Cebotigres esperan que lo haga Sara. ¿Y quién va a coser nuestras banderolas?

—Si me dais un poco de hilo y una aguja, ya me encargo yo —propone Ana—. Soy una sastra de primera, además de una excelente repostera...

—¡Adjudicado! —aprueba Nico, satisfecho—. Ahora pongámonos manos a la obra para fabricar las nuevas banderas. Con la ayuda de don Calisto, he conseguido un poco de material: trozos de tela, hojas de papel, rotuladores, tijeras... Dejad volar la imaginación y el domingo tapizaremos la tribuna del Bernabéu con nuestros eslóganes. Naturalmente, no valen lemas ofensivos contra los adversarios. ¿Estáis todos de acuerdo?

—Lemas ofensivos, no, pero alguna burla simpática sí, ¿no os parece? —contesta Rubén—. Si no, vaya gracia.

Los dos grupos de hinchas se ponen a trabajar juntos.

«Cuando juega Tomás, siempre quieres más».

«Ante Sara y Lara, di al balón “Sayonara”».

«Si tira Berto, ponte a cubierto».

«Si juega Victoria, no hay escapatoria».

El domingo en el Bernabéu leeremos pancartas con estos y otros curiosos lemas.

Mientras Nico lograba impedir que la rivalidad entre los hinchas creara más nerviosismo en estos últimos días, entre los jugadores saltaba una nueva chispa...

Todo empieza con una pregunta de Rafa en el vestuario, después de la ducha.

—¿Os parece justo que los Cebotigres vean todos nuestros entrenamientos y que nos impidan ir a los suyos?

—¡Pues claro que no es justo! —salta Pavel—. Ni siquiera podemos ensayar nuevos trucos, porque se enterarían enseguida. En cambio ellos, como entrena a puerta cerrada, pueden preparar tácticas secretas que a lo mejor nos crean problemas durante el partido...

—La única solución es que los espíemos —concluye Dani.

—Si es imposible... —rebate Ígor—. Entrenan en el centro deportivo de los tranviarios, en el que solo pueden entrar los socios.

—Habrá alguna verja rota o un agujero en la pared para fisgar —aventura Dani—. El campo está a cinco minutos de aquí, yo me voy para allá.

—Vamos contigo —anuncia Pavel, también en nombre de Rafa e Ígor.

Los cuatro Cebogoles montan en sus bicis y salen en misión de espionaje.

Tomi ha escuchado la conversación, pero no ha intervenido. Le habría gustado evitar que se fueran, imponer su condición de capitán y prohibir a sus amigos que espiaran los entrenamientos ajenos. Pero no se ha sentido capaz, porque él mismo ha espiado los planes de su padre...

Todavía no ha hablado con sus amigos del lanzamiento de penalti que han ideado los Cebotigres. Y no sabe si lo hará. Está muy confundido...



9 LA CIUDAD FANTASMA

Los cuatro Cebogoles recorren la muralla que rodea el centro deportivo de los tranviarios en busca de un lugar desde el que espiar el entrenamiento de los Cebotigres, pero en vano.

—¡Maldita sea, esto no es un campo, es un búnker! —se lamenta Dani—. No hay ni una verja...

—No habrá verjas, pero hay un árbol que nos podría ir la mar de bien —precisa Ígor.

—¿Crees que podrás escalarlo? —pregunta Rafa.

—Pues claro que sí. ¿Sabes quién le ha enseñado al gato Cazo a trepar a los árboles? ¡Yo! —vocifera el gemelo, que se agarra al tronco y a los pocos segundos ya está entre las ramas más altas.

—¿Ves algo? —pregunta Dani.

—Sí, el campo de fútbol está a unos metros. Pero no levantéis la voz, a ver si me van a oír.

—¿Qué hacen? —susurra Rafa.

—Entrenan los disparos a puerta —cuenta el gemelo, oculto entre las hojas—. Salen de uno en uno del centro del campo con una pelota pegada al pie, hacen una pared con Armando, que está parado al borde del área, e intentan marcar a Fidu. Ahora le toca a Aquiles. Un misil potentísimo, pero se va por arriba. Madre mía, la pelota ha llegado hasta aquí. ¡Callaos! Se está acercando Aquiles...

Por desgracia para Ígor, una hoja del árbol le hace cosquillas en la nariz y se le escapa un estornudo.

—¿Qué haces ahí arriba? —pregunta el exmatón, sorprendido.

—Estaba buscando cerezas —inventa Ígor—. Me encantan...

—Pues no sabes lo difícil que es encontrarlas en una higuera. ¿Sabías que odio a los espías? Espera, que te voy a echar una mano...

Aquiles aúlla a sus compañeros:

—¡Chicos, los Aficionados han venido a espiarnos!



Los amigos se precipitan a echarle una mano.

—¿Te has hecho daño?

El gemelo se levanta con una mueca de dolor y salta sobre su bici.

—¡Vámonos! Aquiles está furioso...

Los cuatro Cebogoles se alejan a toda velocidad hacia la parroquia. Ígor sujetó el manillar con la mano izquierda, porque le duele mucho la muñeca derecha. No consigue cerrar los dedos siquiera.

Por la noche, su padre lo acompaña al centro de primeros auxilios, donde le enyesan el brazo. Adiós a la final en el Bernabéu...

Tomi vuelve a su casa con un hambre canina después del entrenamiento.

—Hola, mamá. ¿Qué hay para cenar?

—Flores.

—¿Flores? —repite el capitán, perplejo.

—Sí, nos ha invitado Gaston al Pétalos a la Cazuela.

—Vale —comenta Tomi, pensativo.

Gaston Champignon siempre es muy amable y generoso, pero no es raro que invite a la gente para decirle algo importante. Y el capitán ya se imagina de qué irá la cosa...

Hacia las nueve, la familia Ferrero, que vive en el mismo edificio del restaurante, baja a cenar.

—Hola, amigos —les saluda Gaston—. Es un honor acoger en mi humilde local a tres finalistas del campeonato a la vez...

—Dos finalistas y un futuro vencedor —puntualiza Armando.

—¿No tendrás setas envenenadas con flores de ortiga en el menú? —pregunta Lucía—. A mi marido le chiflan.

El cocinero-entrenador se ríe con ganas mientras se acaricia el bigote por el extremo derecho.

—Voy a la cocina a ver si me ha quedado algo, ¿me acompañas, Tomi? Ahora os envío a Elvis para que os tome el pedido.

Era lo que había previsto el capitán...

—¿Qué tal van los últimos días antes de la gran final? —pregunta el míster a Tomi en cuanto se quedan solos.

—Creo que la situación está bastante tranquila.

—¿Tranquila? —repite Gaston mientras busca algo en la nevera de la cocina—. A ver si no me olvido de nada: las gemelas se han llevado el esqueleto Socorro, los Cebotigres se han quejado de que el Gato esté entrenando a Victoria; los Cebogoles se han enfadado porque Armando ha pedido ayuda a Adam; las medias de Dani han desaparecido; Ígor se ha roto una muñeca mientras espiaba a los tigres entrenando... ¿Me olvido de algo? ¿Y te parece una situación tranquila?

«Habría que añadirme a mí, que he espiado las tácticas de mi padre», piensa Tomi, antes de reconocer:

—Es verdad que ha habido un poco de tensión. Sinceramente, esperaba que no te hubieras dado cuenta de todos esos detalles...

—Y yo esperaba veros felices por la fiesta que vamos a celebrar en el Bernabéu. Aunque, en lugar de preparar una fiesta, parece que estéis preparando una batalla. He llegado a plantearme no dejaros jugar el partido.

—¡¿Cómo?! —salta, aterrado, el capitán.

—Sí, prefiero que no juguéis a ver a mis queridos Cebolletas pelearse entre ellos en el Bernabéu —le explica Champignon—. Luego he decidido hacer otra cosa.

—¿El qué?

—Por lo menos mañana, el último día antes de la final, lo intentaremos pasar como verdaderos Cebolletas. He reservado unas habitaciones en la casa de agroturismo de mi querida amiga Susi, a unos cuarenta kilómetros de aquí. Un retiro antes del partido para los dos equipos a la vez. Me gustaría reunir a todos los chicos para jugar juntos por la tarde. La noche la pasaremos allí y el día siguiente iremos al estadio con el Cebojet. Además, os he preparado una sorpresa...

—¡Un programa fantástico! —exclama Tomi.

—Llama a Sara, a ver qué le parece —propone el míster—. Y luego avisad los dos a vuestros compañeros. Naturalmente, si mañana por la tarde no reconozco el espíritu de los Cebolletas, siempre estaré a tiempo de avisar a los organizadores del torneo de que anulen la final.

—De acuerdo, míster, pero ¿no puede darme una pista sobre la sorpresa?

—Ni aunque me torturen!

La tarde siguiente, el Cebojet descarga a los equipos finalistas y algunos Encebollados en la casa de agroturismo El Rancho, situado en la Sierra de Madrid. A Bruno, que como sabes adora a los animales, le brillan los ojos de ilusión: ha visto a la primera el recinto de los caballos, ha atisbado un gran pajarero con un pavo espléndido, un grupo de ocas que pasean libremente y algunos cerdos revolcándose en el barro.

—¡Aquí está mi querido francés! —exclama Susi, una mujer bastante robusta, que lleva camisa a cuadros, vaqueros y un par de botas de montar a caballo abrazando a Gaston—. Ya era hora de que te dejaras caer por aquí.



—¿Cómo está la cocinera más irresistible del Far West madrileño? — pregunta Champignon mientras saluda a su amiga con afecto.

—No me puedo quejar —contesta Susi—. ¿Estos son tus campeones?

—Exacto. Y quiero ponerlos a prueba enseguida en el Rancho. ¿Está todo listo? —pregunta el mister.

—Todo listo. Seguid las flechas en las que pone «Ciudad Fantasma», no podéis perderos. Atravesaréis el bosquecillo y la encontraréis detrás de las cuadras.

—¿«Ciudad Fantasma»? —repite Fidu, observando a sus compañeros, que, como él, se disponen a saborear la sorpresa de Champignon.

Detrás de las cuadras, los chicos se encuentran en un escenario de película del Oeste: dos filas de casonas de madera separadas por una calle de tierra y, en el centro, una diligencia abandonada y un pozo de piedra.

Nico lee la palabra «Saloon» en una de las casas y exclama:

—¡Parece que estemos de verdad en el Lejano Oeste! Qué bien hecho está...

—Por aquí, chicos —les indica Gaston—. Entrad en los vestuarios y poneos encima de la ropa los monos de algodón que encontraréis colgados: la mitad son azules, y la otra mitad, blancos. Con ellos formaremos dos equipos.

—¿Cebotigres contra Cebogoles? —pregunta Sara.

—No —contesta el cocinero-entrenador—. Escojo yo. Se pondrán el mono blanco Fidu, Tomi, Aquiles, Tamara, Sara, Dani, Rafa...

Como ves, Gaston ha mezclado adrede los equipos para atenuar la rivalidad que ha ido creciendo los últimos días.

—Aquí también hay máscaras —dice Rafa.

—Sí, poneos todos una. Así os protegeréis la cara. Tienen una visera transparente y se ve bien.

—¿De qué tenemos que protegernos? —pregunta Nadira, preocupada.

—Ahora os explico las reglas del juego —responde Champignon—. Los blancos tienen que ocupar los barracones de un lado de la calle, y los azules, los de enfrente. Cuando os lo diga comenzará la batalla... Tendréis que tratar de atizarlos con estos huevos, que contienen líquidos de color: rojo en los de los azules, amarillo en los de los blancos. Los que reciban un huevazo serán eliminados. Gana el equipo que acabe con todos sus adversarios.

—¡Un juego genial! —exclama Fidu, eufórico.

—¡Vamos, cada uno en su sitio! —ordena Gaston—. Dentro del *saloon* encontraréis un arsenal de huevos. ¡Llenaos los bolsillos y al ataque!

Pocas veces se han divertido tanto los Cebolletas. Una hora larga de emboscadas, persecuciones, fugas y huevos voladores... Los chicos se liberan así de la tensión que han acumulado los últimos días y, sobre todo, de la antipatía y la rivalidad que se habían creado entre los dos equipos.

Mira por ejemplo a Sara y a Dani, que se pelearon por el secuestro del esqueleto Socorro. Ahora luchan juntos, en el equipo de los blancos.

—¡Cuidado con el del balcón, Dani! —le avisa la gemela.

El defensa, que estaba asomado a la ventana del *saloon*, logra esquivar el huevo en el último segundo y alcanza con gran precisión a Berto, que había salido al balcón de una barraca.

—Vaya, me ha dado... —comenta el delantero observando la mancha amarilla en el mono azul.

—Gracias por el aviso, gemelita. ¡Un rival menos! —se alegra Dani.

Pero, después de una hora de batalla, los blancos empiezan a pasar apuros.

—Si no he calculado mal, ellos todavía son cinco —dice Aquiles.

—En cambio de los nuestros solo quedamos dos: tú y yo —precisa Rafa.

Un Cebotigre y un Cebogol. El exmatón y el Niño, que ayer se persiguieron después del intento fallido de espionaje, estudian ahora juntos una estrategia para darle la vuelta al resultado de la batalla.

—Si nos enfrentamos a cara descubierta tienen todas las de ganar —comenta Aquiles—. Yo intentaría un ataque sorpresa.

—De acuerdo —aprueba Rafa—. En cuanto te avise, nos lanzamos al *saloon* y tratamos de sorprenderlos.

—Vale, buena suerte. Si todo sale bien, luego te invito a tomar algo en el saloon... —bromea el Niño.



Gaston Champignon, el *sheriff* de los Cebolletas, se atusa con satisfacción el bigote por la punta derecha: sus pupilos se han divertido y las barreras que separaban a los Cebotigres y los Cebogoles se han desmoronado, abatidas por esos huevos de color...

Los Cebolletas pasan el resto de la tarde relajándose en la piscina del Rancho. Después de una cena suculenta servida al aire libre y de que Dani toque algunas canciones con su guitarra, los chicos se meten en sus habitaciones.

Gaston también ha procurado mezclar a los jugadores de los dos equipos. En una habitación con dos literas, por ejemplo, dormirán Sara y Lara, de los

Cebotigres, con Victoria y Tamara, de los Cebogoles. Ya no se discute sobre la ayuda del Gato a Victoria. Es más, Sara le hace una pregunta precisamente sobre el violinista:

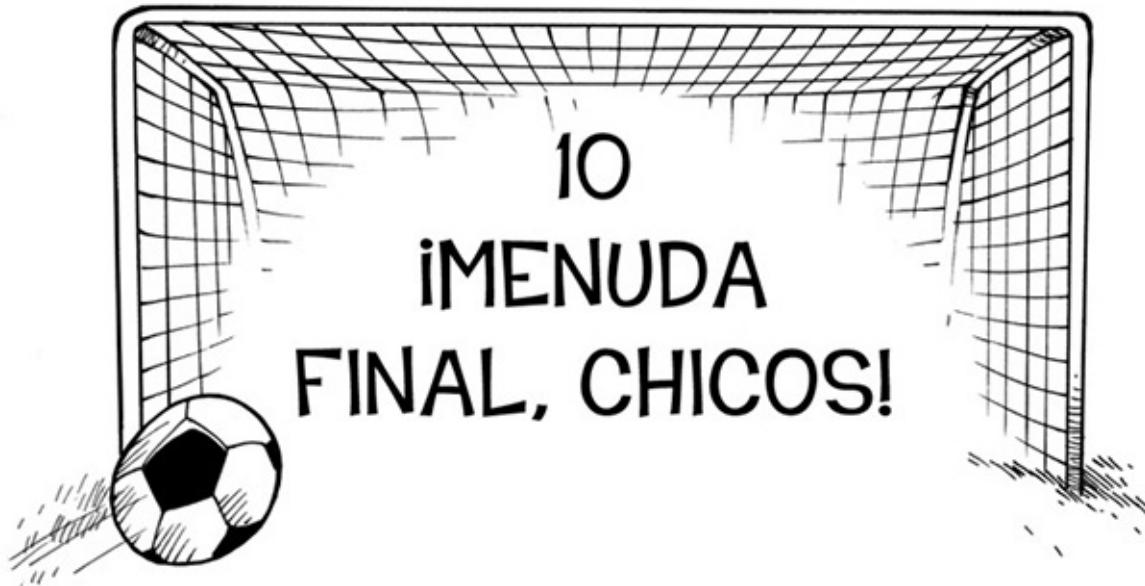
—Cuando entrenáis ¿es amable contigo?

—Mucho —confiesa Victoria—. Hasta un poco tímido. A mí el Gato me gusta por eso. Cuando me coge las manos para explicarme cómo debo mantener los pulgares para parar mejor los disparos y lo miro a los ojos, se pone rojo como un tomate...

Las gemelas sueltan una carcajada.

La mañana siguiente, el Cebojet sale del Rancho y devuelve a los equipos a la parroquia. A última hora de la tarde los sube de nuevo a bordo y se dirige hacia el Bernabéu.

El gajo de luna que aparece en el cielo anuncia que ha llegado la hora de la finalísima.



El Cebojet pasa por la puerta del Bernabéu como hace todos los domingos el autobús del Real Madrid. Los chicos observan boquiabiertos el imponente estadio, las torres de iluminación, las rampas que suben hacia las tribunas y ciñen el recinto, los palcos, todo...

—Qué emocionante va a ser jugar aquí dentro... —comenta Rafa.

—Cómo os envidio... —João, que ha acompañado a sus amigos hasta la entrada del estadio, suspira.

—¿Y cómo te parece que me siento yo? —salta Ígor, el más apagado de todos, mirándose la muñeca enyesada—. Tú por lo menos ya sabías que no podrías jugar aquí, mientras que yo... me gané el derecho a disputar la final, pero me la voy a perder por culpa de este yeso.

—Venga, no te enfades, gemelito —prueba a consolarlo Pavel—. ¡Ya verás cómo ganamos el trofeo y luego lo celebramos juntos!

Elena no está menos emocionada que sus chicos. A la maestra-entrenadora le pone nerviosa el mero hecho de estar sentada en el banquillo

de la parroquia, así que imagínate ahora que acaba de entrar en uno de los estadios más famosos del mundo.

—No estaría tan alterada si tuviera que dar una lección magistral en la Sorbona —reconoce.

—Tú tranquila, ya verás cómo en cuanto empieza la final se te pasa todo —asegura Lucía—. Además, le he pedido a tu tocaya Elena, la diosa de las tisanas, una bebida relajante para ti.

Los chicos sacan sus bolsas de deporte del maletero del Cebojet y se dirigen hacia los vestuarios, conducidos por el personal del estadio. Entran en sus respectivas salas como si fuera un museo.

—¿Os dais cuenta de que aquí se cambian los grandes campeones? —pregunta Berto.

—Menos mal que han lavado las medias de Dani —bromea Giorgio—. Me habría muerto de vergüenza de meter esa peste aquí dentro.

Mientras tanto, en el vestuario de los Cebotigres Armando se pone a hablar del partido.

—Bueno, hijos, hemos conseguido llegar al Bernabéu, el estadio de los campeones. Pensad en todo lo que hemos entrenado durante la temporada, incluso bajo la lluvia y la nieve, y recordad cómo nos tomaban el pelo después de los primeros partidos, cuando no ganábamos ni a tiros. Pues bien, ha llegado el momento de recoger el premio a todos nuestros sacrificios. Estamos aquí para ganar el trofeo, ¡tigretones! Tres, dos, uno...

—¡Tigreees! —aúllan a coro los tigres blanquirrojos.

Armando ha decidido iniciar el partido con esta formación:

FIDU

SARA

DAVID

LARA

BRUNO

AQUILES

DIOUFF

Elena no ha preparado ninguna sorpresa. Opta por la alineación más clásica de los Cebogoles:

VICTORIA

GIORGIO

DANI

KALOU

RAFA

TOMI

BERTO

El árbitro guía a los equipos por los pasillos del Bernabéu. Los chicos suben las escaleras que llevan al campo y, cuando asoman al césped, se quedan sin respiración: están viendo en vivo y en directo el estadio que tantas veces han admirado por televisión. El estrépito del público les está dedicado por entero a ellos. Los focos están encendidos como en las noches de la Liga de Campeones.

La tribuna central del primer anillo está llena de gente: además de los Escuálidos y el nutrido grupo de hinchas que, como ha propuesto Nico, se han juntado para animar a los dos equipos, se ve a muchas de las formaciones que han participado en el campeonato. Los chicos no han jugado nunca delante de tanta gente. A muchos de ellos les tiemblan las piernas.

El esqueleto Socorro lleva la camiseta especial que le ha confeccionado Ana: una mitad blanca y la otra blanquirroja. Al final las gemelas han cambiado de idea y decidido que Socorro es de todos.

El que no ha cambiado de idea es el gato Cazo, que sigue convencido de que dormir es el mejor pasatiempo posible. Ahora está echando una cabezadita en brazos de Champignon, que mira a su alrededor con aire complacido.

Tomi gana el sorteo de pelota o campo, pero deja deportivamente que sea Sara quien escoja.

—Gracias, capitán. No me acabo de creer que estemos a punto de disputarnos el trofeo en el Bernabéu... ¿Recuerdas la primera vez que nos vimos?

—¡Imposible olvidarlo! —responde Tomi—. Erais las únicas bailarinas que, en lugar de danzar, disparaban balones contra los espejos...

—Si no hubiera sido por ti, nunca habríamos realizado nuestro sueño de jugar a fútbol —confiesa la gemela—. Y ahora estamos en uno de los estadios más bonitos del mundo a punto de disputarnos un trofeo.

—Pero no te sientas en deuda conmigo. —El capitán sonríe—. Si tienes que ponerme la zancadilla, no lo dudes. Lo importante es que no nos peleemos.

—Te lo prometo: no nos pelearemos, pero puedes estar seguro de que te pondré más de una zancadilla —se carcajea Sara.

En el centro del campo grande se ha delimitado uno más pequeño, para equipos de siete jugadores, y se han colocado porterías de balonmano.

Entre un caos de banderas, banderolas, bongos y tambores, el árbitro pita el comienzo del encuentro.

¡Acaba de empezar la finalísima!

Como cabía prever, los Cebogoles dirigen el juego desde el principio, mientras que los tigres protegen la portería de Fidu con uñas y dientes.

Kalou recibe un pase de Giorgio, penetra en campo contrario y trata de ceder a Tomi, pero Lara se le adelanta y se apodera del balón. Kalou lo vuelve a intentar en la jugada siguiente, pero esta vez es Aquiles el que corta la cesión.

«Aquí está la jaula con la que me amenazaba mi padre», piensa Tomi. Efectivamente, cada vez que el capitán va a entrar en acción, se ve rodeado por cuatro rivales: Aquiles y Bruno, que están por delante de él, y dos jugadores, que pueden ser Sara, Lara o David, presionándolo por detrás.

Armando, que va más elegante que nunca, estudia la situación y se siente satisfecho: el adversario más peligroso (su hijo, para más señas) está encerrado en una jaula. Y lo mismo ocurre con los demás atacantes de Elena, porque Aquiles y Bruno se desplazan con un gran sentido de la oportunidad. Cuando los Cebogoles atacan por la derecha, los dos tigres se escoran hacia ese lado y enjaulan a Rafa; cuando atacan por la izquierda, Bruno y Aquiles rodean a Berto con la ayuda de David y Sara.

Una organización impecable, que Armando ha estudiado en su despacho y ha simulado una y otra vez en sus entrenamientos secretos hasta conseguir una mecánica perfecta, como la de los relojes suizos.

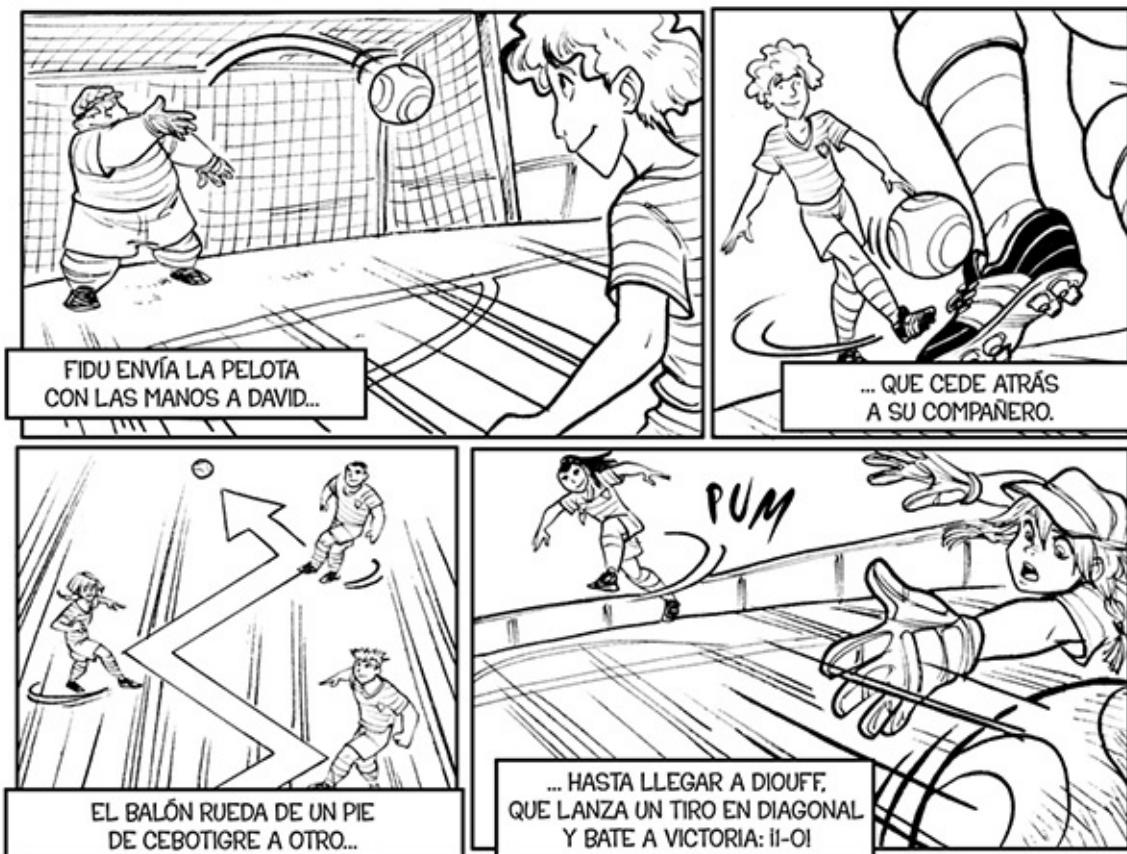
Giorgio sube desde la defensa para echar una mano a sus compañeros. Tomi se le acerca y se gira de golpe, intentando desmarcarse. Giorgio trata de enviarle un pase largo, pero la pelota acaba entre los brazos de Fidu.

—¡Ahora! —ordena el portero.

Los Cebotigres, que estaban atrincherados para proteger su área, dan un paso adelante de repente, como una cobra que saliera de la cesta.

Tino, que está tomando apuntes en su grada, exclama, sorprendido:
—¡El esquema 2-2-2!

Tres parejas de tigres, alineadas a una velocidad impresionante, se despliegan por todo el campo, de una portería a la otra: David-Sara, Lara-Aquiles, Bruno-Diouff.



El delantero africano, que adora las películas de vaqueros, se detiene bajo la tribuna de los espectadores y finge disparar una flecha con un arco.

Sus padres aporrean los bongos como locos para celebrarlo, mientras las banderolas de los Escuálidos ondean frenéticamente.

—Y pensar que al principio del campeonato hice todo lo que pude para convencer a Armando de que se olvidara del esquema 2-2-2... —comenta Gaston Champignon en la tribuna.

—Armando lo guardó en un cajón y lo ha sacado por sorpresa en el momento adecuado —contesta Nico con aire reflexivo.

Mientras los equipos vuelven a sus puestos para la reanudación del juego, Elena, todavía más nerviosa por el gol encajado, llama a Tomi desde el banquillo.

—Tenéis que moveros más en ataque! Si hiciéramos el ejercicio del tomate, a estas alturas tendríais las camisetas totalmente rojas.

—Pero si no paramos de movernos —se justifica el capitán—. El problema es que no nos llega ni un solo balón. Kalou no tiene los pies de Nico... A lo mejor tendría que bajar yo al centro del campo...

—Buena idea —coincide la maestra.

En efecto, Kalou, como gran centrocampista, es muy bueno deteniendo a los adversarios, pero los pases no son su fuerte. Con Tomi al lado, el juego de los Cebogoles mejora enseguida, porque los defensas no pueden seguirlo hasta el centro del campo y dejar descubierto a Fidu, de modo que el capitán puede conectar buenos pases a sus compañeros de ataque.

Mira qué cesión milimétrica en vertical se acaba de inventar para atravesar ese bosque de piernas: Berto irrumpen en el área y suelta un zurdazo terrorífico. Fidu no tiene tiempo siquiera de preparar los puños, pero logra desviar el esférico con el codo. La pelota rebota contra el poste y sale por la línea de fondo.

Esa ocasión de gol reanima a los hinchas de los blancos, que se ponen a gritar con más convicción.

Tomi parece incontenible. Dribla primero a Bruno y luego a Aquiles, detiene la pelota bajo la suela y se zafa de la entrada en plancha de Lara. Luego toca suavemente para enviar una parábola perfecta al área.

Rafa llega en tromba y finge ir a disparar de primeras. Fidu cae en la trampa y se tira, pero el Niño detiene el balón y lo cuela con el interior del pie por la esquina inferior, antes de echar a correr para celebrarlo con el pulgar metido en la boca: ¡1-1!

El esqueleto Socorro, con su camiseta doble, se alegra en esta ocasión en nombre de los Cebogoles, que han tomado el control del partido y parecen imparables. Ahora los Cebotigres lo están pasando realmente mal.

—¡No aflojéis, tigres! —aúlla Adam en la tribuna.

Tomi inicia una nueva jugada desde el centro del campo. Todos están esperando un nuevo pase al área, pero el capitán envía un disparo con la derecha. La pelota, golpeada con el interior, dibuja una curva en el aire, como un arcoíris, y se cuela por la escuadra. Un gol fantástico: ¡1-2!

Los Cebogoles han dado la vuelta al marcador.

La reacción de los tigres heridos es rabiosa. Sara y Aquiles suben al ataque para ayudar a Diouff, que con un golpe de cintura seco deja plantado a Dani y hace un pase cruzado y raso. Aquiles llega a la carrera y dispara lo que parece un gol cantado, pero Victoria bloca el cuero con unos reflejos prodigiosos sobre la misma línea de meta.

—¡Fantástico, Victoria! —aúlla el Gato, orgulloso de su amiga.

El final del primer tiempo es divertido y emocionante, pero el resultado no cambia. Cebogoles y Cebotigres vuelven al vestuario con el marcador en 1-2.

Tomi se cruza con Armando y bromea:

—Bravo, papá. Me has metido en una jaula, pero te has olvidado de cerrar con llave.

—Yo estoy acostumbrado a esperar al final —le replica el conductor-entrenador—. ¡Quien ríe el último ríe mejor!

Armando tiene razón: todavía queda mucho tiempo para que acabe el encuentro.



11 UNA DECISIÓN DIFÍCIL

—¡No vamos a conseguir frenar a Tomi! —se lamenta Fidu.

—Desde que ha retrocedido al centro del campo, nos está creando problemas —explica Sara—. Si lo seguimos, dejamos el área vacía y abrimos huecos para Rafa y Berto.

—Calma, chicos —interviene Armando—. Hemos disputado un primer tiempo fantástico. Ahora haremos unos cambios y el segundo irá todavía mejor. Sara, tú marcarás a Tomi por todas partes, aunque salga del campo para beber, ¿vale?

—Me pegaré al capitán como una lapa —promete la gemela.

—Muy bien —continúa el chófer-entrenador—. Como Sara pasará mucho tiempo en el centro del campo, Bruno sale y Billy entra a defender. Sebas toma el puesto de David y con sus pases largos tratará de hacer entrar en acción a Diouff. Los Cebogoles atacan sin parar, así que intentaremos sorprenderlos a contrapié. Todavía nos quedan muchos ases en la manga, chicos. Recordad todo lo que hemos preparado en los entrenamientos: saques

de falta, cérneros... ¡Estoy seguro de que lo vamos a conseguir! Tres, dos, uno...

—¡Tigreees! —aúllan a coro los blanquirrojos.

En el vestuario contiguo, Elena imparte sus instrucciones.

—Tratemos de atacar más a menudo por las bandas. Como habéis visto, tienen una defensa muy cerrada. Si obligamos a un tigre a salir del área para cubrir los laterales, dejará algún hueco por en medio para nuestros delanteros. Por eso entrará Nadira, que tendrá que abrirse mucho por la banda derecha. Sale Rafa, que ha hecho un tiempo perfecto. Tamara sustituye a Kalou.

—Pero si Tomi se retrasa tanto y Rafa ya no juega, aunque abramos huecos en medio del área, ¿cómo los vamos a aprovechar? —observa Berto.

Responde directamente el capitán:

—Yo puedo penetrar en el área a por los pases de Nadira y tú puedes entrar por la izquierda. Si lo hacemos a la vez, nos costará menos sorprenderlos.

—Es exactamente lo que estaba pensando —confirma Elena—. Chicos, ¿os dais cuenta de que en este momento somos el mejor equipo de Madrid? ¿De verdad vamos a permitir que nos quiten el trofeo a un paso de la meta?

—¡Nooo! —responden los Cebogoles todos a una, antes de salir corriendo del vestuario y pisar de nuevo el césped del fabuloso campo del Real Madrid.

El árbitro pita la reanudación del encuentro. Acaban de comenzar los últimos minutos del campeonato. Los hinchas se ponen a animar enseguida a sus jugadores, a agitar banderolas y aporrear tambores.

En los cinco primeros minutos, Sara comete tres faltas contra Tomi y el árbitro no tiene más remedio que amonestarla.

—Señorita, si no te calmas un poco, la próxima tarjeta que veas será la roja.

La gemela tiende la mano al capitán y lo ayuda a levantarse.

—Perdona, Tomi, pero no puedo soltarte ni un segundo. Me lo ha mandado tu padre...

—Comprendo. Yo también le hago caso siempre... —contesta el capitán, guiñándole el ojo al tiempo que se frota la rodilla.

Pero la idea de Armando parece buena, porque Sara, por las buenas o por las malas, logra controlar al capitán y, sin los pases de Tomi, los Cebogoles no logran crear peligro. Por si fuera poco, a Nadira le cuesta entrar en el partido y falla un pase tras otro, quizás por la emoción de jugar en un estadio tan imponente.

El último pase de la africana también es demasiado largo. Sebas se hace con el balón y alcanza con un pase en profundidad a Diouff, que echa a correr como un poseso. Supera a Dani y, en cuanto pone el pie en el área, hace un disparo cruzado. Victoria se lanza y despeja a córner entre aplausos.

—¡Fenómeno, Vicky! —grita de nuevo el Gato.

—Ya nos ha quedado claro que la has entrenado tú —comenta João, sentado al lado del violinista—. Tampoco hace falta que la jalees sin parar.



Lucía se acerca al banquillo de Armando y le hace una confesión.

—Esta jugada se me ha ocurrido a mí, ¿te ha gustado, cariño?

—¡Eres una ladrona de ideas! —salta el marido—. ¿No te da vergüenza?

Para infundir nuevos bríos a su equipo en busca del empate, Armando sustituye a Lara por Terry.

El gol parece cantado cuando un durísimo saque de falta de Aquiles rebota contra la barrera y descoloca a Vicky. Pero en el último momento la pelota choca contra el poste y sale fuera.

Un aullido de decepción recorre la tribuna de los hinchas.

—Nooo...

Armando se deja caer de rodillas y se lleva las manos a la cabeza, desesperado.

Preparándose para un nuevo saque de esquina de Diouff, Aquiles se dispone a levantar otra vez a Sara, y Dani, a hacer lo mismo con Victoria, pero el africano efectúa un envío raso hacia el primer palo, donde Billy, con un toque de primeras, desvía el balón al borde del área.

Sebas llega a la carrera y, con un zurdazo terrorífico, cuela el esférico por debajo del travesaño: ¡2-2!

Los Escuálidos lo celebran por todo lo alto.

Armando se lanza deslizándose por la hierba y llega de rodillas hasta el banquillo de los Cebogoles.

—Este truco se me ha ocurrido a mí, ¿te ha gustado, cariño?

—No hay quien te aguante, vida mía —responde la mujer con una mueca de paciencia infinita.

A su lado, Elena se abanica furiosamente con un pañuelo, al borde del desmayo.

Los espectadores se ponen en pie y ya no se sentarán hasta que termine el encuentro, porque la gran final entra en la fase decisiva y todos animan a voces a su equipo. El que marque el próximo gol será más que probablemente el que se alce con el trofeo.

Solo faltan diez minutos para el final.

Los Cebogoles se han apoderado del balón, pero el despiadado marcaje de Sara está dejando fuera de juego a Tomi y, sin sus genialidades, al equipo de Elena le cuesta crear jugadas de gol.

Hace casi cinco minutos que el capitán no toca bola. Mira en la megapantalla del Bernabéu cómo van pasando los minutos. Está furioso por la presión de la gemela, que no le deja ni respirar. Cuando menos se lo espera nadie, Tomi echa a correr de pronto, pero hacia su propia portería.



Un gol de fábula, como todos los delanteros del mundo sueñan con marcar en el Bernabéu. Gaston Champignon levanta al cielo su cucharón de madera mientras vocifera:

—*Superbe!*

Eva salta de alegría mientras grita sin parar: «¡Fantástico, fantástico!».

Los espectadores dedican un aplauso interminable a la proeza del capitán. Hasta el propio Armando entra en el campo para abrazar a su hijo.

—Un gran gol, felicidades de parte de un gran entrenador...

Para el asalto final, el entrenador de los Cebotigres hace salir a Beba al campo. Un delantero más para ayudar a Diouff. Faltan pocos minutos para el final del campeonato y los tigretones tienen que marcar como sea para llegar a la tanda de penaltis.

Gracias en parte a los duros entrenamientos en el KombActivo, el equipo de Armando parece mucho más fresco que el de sus rivales, que defienden la ventaja encerrados en su área. Elena ha sacado a un delantero, Berto, y ha hecho entrar a Pavel en la defensa.

Es precisamente el gemelo quien pone una zancadilla a Beba, que se había desmarcado al borde del área y se disponía a chutar. El árbitro señala la falta. Podría ser la última ocasión del partido.

Tomi reconoce inmediatamente la jugada táctica que había visto en el cuaderno de su padre: Sara se coloca pegada a la barrera de los Cebogoles y Aquiles está apartado, listo para recoger el pase de Sebas, que finge disparar a puerta. El capitán sabe perfectamente lo que va a ocurrir. Si marcarse a Aquiles desmontaría la jugada y los Cebogoles ganarían el trofeo.

Tomi se dirige hacia el exmatón, pero se detiene a los dos pasos.

Sabe que lo que hizo no está bien y que, si ganara de esta forma el campeonato, siempre tendría el remordimiento de haber robado con malas artes a sus amigos un triunfo que merecían. Que sería una victoria injusta.

Y eso no es lo que les ha enseñado Gaston Champignon.

El árbitro pita.

Sebas coge una larga carrerilla, pero, en lugar de disparar a puerta pasa a Aquiles, mientras Sara se aparta de la barrera.

El exmatón pasa a la gemela, que cuela la pelota con el empeine: ¡3-3! Los Cebogoles se quedan boquiabiertos. Todos menos uno, claro.

Los Escuálidos y todos los hinchas de los tigretones saltan de alegría.

El árbitro pita tres veces: el trofeo se decidirá en la tanda de penaltis.

—Ahora los favoritos son los Cebotigres —comenta João en la grada—. Los Cebogoles estaban convencidos de que habían ganado y tienen que tener la moral por los suelos. Además, Elena ha sacado a Rafa y Berto, dos grandes especialistas en penaltis, y ahora ya no podrán disparar. Por si fuera poco, Armando tiene en la portería a un guardameta de primera como Fidu...

—Pues yo estoy casi seguro de que ganarán los Cebogoles, porque tienen a Victoria entre los palos... —replica el Gato.

—¡Estás obsesionado con Vicky! —João resopla.

Los dos entrenadores han reunido a sus equipos delante de sus banquillos. Tienen que escoger a los cinco jugadores que lanzarán los penaltis.

Armando decide que disparen Sara, Beba, Diouff, Sebas y Aquiles, pero les da la posibilidad de negarse si no se sienten con ánimos. Ninguno lo hace.

En cambio, entre los Cebogoles, Dani se da de baja.

—Estaré más tranquilo si alguien dispara en mi lugar, colegas.

—Si no te hubieran lavado las medias habrías chutado, ¿verdad? —inquiere Tomi.

—Sí, me habría sentido mucho más seguro con mi fluido apestoso —reconoce el defensa andaluz.

—Pues entonces tira. El capitán soy yo, y soy yo quien decide —zanja Tomi.

Todos miran a Dani, que no se atreve a negarse.

Así que por los Cebogoles chutarán Tamara, Pavel, Dani, Nadira y Tomi. El árbitro llama a los capitanes y les pregunta por el orden de tiro. Sara y Tomi se sonríen sin decir nada. Empezarán los Cebotigres.

Beba coge el balón y se dirige hacia el punto de penalti. Parece tranquila.

Victoria se coloca entre los postes y apoya contra la red el violín-amuleto que le ha dejado el Gato. El violinista no le ha dicho nada de Beba, así que tendrá que confiar en su instinto.

La tribuna ha enmudecido. El pitido del árbitro resuena entre los empinados graderíos del estadio.

Beba coge una breve carrerilla y cuela el balón por el ángulo inferior con el empeine, tras engañar a Victoria. La tribuna reacciona con un rugido: 4-3 para los Cebotigres.

Tamara parece mucho menos tranquila que Beba. Mientras espera el silbido del colegiado, agita las piernas para relajar los músculos, que nota pesados por la emoción. Decide liberarse de la tensión disparando con todas

sus fuerzas, pero el tiro vuela hacia el centro de la portería y Fidu lo bloca sin problemas.

Es el turno de Aquiles.

«Vamos, Vicky, ya sabes lo que tienes que hacer», piensa el Gato mientras se mordisquea las uñas.



El violinista contesta con una sonrisa.

Nadira, como se había apreciado cuando entró en el campo, también está muy nerviosa. Y además tiene mala suerte, porque su tiro con el interior rebota contra el palo. El resultado sigue siendo 4-3.

—Son amigos demasiado buenos, nadie quiere marcar a nadie... —bromea don Calisto.

Es el turno de Sebas, que coge mucha carrerilla. Victoria tampoco tiene información sobre los penaltis del pianista, pero sabe que a Sebas le gusta disparar con fuerza, así que decide comportarse como con Aquiles y se queda quieta en medio de la portería. Tiene razón en parte, porque el tiro es muy potente, pero no esperaba que fuera tan colocado y acaba colándose.

Cebotigres 5 – Cebogoles 3.

Armando se muerde los nudillos delante de su banquillo. Sus pupilos tienen dos goles de ventaja. Están a un paso de alzarse con el trofeo.

—¿No sería mejor que tiraras tú ahora? —suplica Dani al capitán—. Si fallo se acabó el campeonato.

—No, ve tú. Estoy seguro de que marcas —ordena Tomi.

Y, efectivamente, el duro derechazo del andaluz se cuela por la escuadra, inalcanzable para Fidu.

Cebotigres 5 – Cebogoles 4.

Dani vuelve al centro del campo como un niño feliz por Navidad.

—Tenías razón, capitán, ¡las medias no valen para nada!

Victoria estudia la carrerilla de Sara. Es exactamente como se la había descrito el Gato, así que decide lanzarse hacia su derecha, previendo el tiro con el interior de la gemela. No se tira de lado, sino ligeramente hacia delante, de modo que logra interceptar el penalti, colocadísimo, y desviar el balón fuera del campo.

Pavel tiene la ocasión de hacer empatar a su equipo y no la desaprovecha. Luego lo celebra levantando el brazo en dirección a su hermano Ígor, que está sentado en la grada con el brazo enyesado.

Solo faltan dos penaltis: Diouff para los Cebotigres y Tomi para los Cebogoles. Los especialistas de cada equipo.

Diouff mete un dedo en el yeso del círculo de penalti y se dibuja dos rayas blancas en las mejillas, como un indio en pie de guerra.

Vicky da unos pasos para estudiar mejor la mirada del delantero africano, como le ha sugerido el Gato. Lo sorprende mirando atentamente la esquina izquierda, así que decide lanzarse por ese lado y por ese lado es por donde logra blocar el balón, ovillándose sobre él.

Una ovación celebra la parada que puede valer un campeonato. Si Tomi marca, los Cebogoles se convertirán en los campeones de Madrid.

El capitán se dirige lentamente hacia el punto de penalti. Todo el estadio contiene la respiración. Su padre y su madre no le quitan ojo.

Tomi coloca el balón en el suelo con mucho cuidado. Da tres pasos atrás, levanta la mirada y ve a su amigo Fidu enmarcado por los postes.



Fidu se saca la cadena de lucha libre del cuello, la deja en el interior de la portería, se ajusta la gorra a cuadros amarillos y rojos, se saca los guantes y se dirige hacia el punto de penalti.

De la tribuna se elevan susurros de estupor.

—¿Te acuerdas de la prueba que me hizo Champignon para entrar en los Cebolletas? —empieza el cancerbero.

—¡Pues claro! —responde Tomi—. Te tirabas sobre los balones como si fueran sacos de patatas... Estaba convencido de que los ibas a reventar.

—¿Quién nos iba a decir que un día nos jugaríamos un trofeo en el último penalti?

—¿Crees que me lo vas a parar?

—Estoy seguro de por dónde vas a tirar, pero no estoy seguro de llegar al balón.

—Pues mucha suerte —concluye Tomi.

—Y a ti, capitán.

Los dos amigos se «chocan la cebolla» y se abrazan. La tribuna aplaude; Gaston Champignon se atusa el bigote por la punta derecha.

En el Bernabéu vuelve a hacerse un silencio sepulcral. Armando espera el disparo acuclillado. Elena está abrazada a Lucía. El árbitro pita.



El árbitro decreta el final del encuentro.

¡Los Cebogoles son los nuevos campeones de Madrid!

Tomi quiere chocar la mano de su amigo Fidu, pero lo tumban sus compañeros antes de sepultarlo bajo una montaña de cuerpos. Victoria ve al Gato entrar en el campo y le salta en brazos, gritando:

—¡Los he parado! ¡Tus consejos eran perfectos!

—¡Tú sí que eres perfecta! —exclama el violinista, tan feliz como ella.

—¡Mirad a Elena! —señala Rafa.

Los hinchas de los Cebogoles están cantando: «¡Salta con nosotros, querida Elena!», y la maestra salta como un grillo bajo la tribuna del Bernabéu.

—Pero, si estuviéramos en un pueblo, ¿no habría que tirar al entrenador que ha ganado el partido al pilón? —pregunta Pavel.

—Ya me encargo yo —decide Dani, que llena un cubo de agua y lo echa por encima de la cabeza de Elena.

—¡Os voy a llevar al director! —amenaza la maestra, fingiendo un enfado que no siente. Luego abraza uno a uno a sus pupilos, chorreando de los pies a la cabeza.

Lucía trata de consolar a Armando, que se ha quedado en cuclillas.

—¿Puedo pedirle al entrenador más fascinante del campeonato que me enseñe el gol del ascensor?

Armando sonríe, se pone en pie, coge a su mujer por la cintura y la levanta. Luego la vuelve a depositar en el suelo y la besa con dulzura.

Los organizadores del trofeo ya han montado el escenario. Todo está listo para la entrega de los premios.

Primero desfilan los Cebotigres para recoger las medallas y la copa por su segundo puesto, y luego viene el turno de los vencedores. El último en subir al palco es Tomi, que recibe una gran copa plateada de manos del presidente.

El capitán se entretiene un rato antes de alzarla al cielo. Quiere disfrutar bien del momento, para que forme parte de sus recuerdos más hermosos: está en el centro de uno de los estadios más famosos del mundo, acaba de marcar un gol precioso, ha sido elegido mejor jugador de la final y ha ganado el campeonato de su ciudad. Pero, por encima de todo, está rodeado por las personas a las que más quiere de este mundo: sus padres, sus amigos, Gaston Champignon, su bailarina favorita...

¡Es como un sueño hecho realidad!

Tomi aferra las asas de la gran copa y la levanta al cielo soltando un grito de alegría. En ese momento caen del cielo millones de pedacitos de confeti blanco, el color de los Cebogoles, los campeones de Madrid. Y estallan espectaculares fuegos artificiales en medio de la oscuridad de la noche.

El capitán se topa con el único imprevisto de la jornada después de la ducha, cuando está saliendo del Bernabéu. Está pensando en subir al Cebojet para llegar cuanto antes a la parroquia de San Antonio de la Florida y celebrar el triunfo con los amigos que no han podido ir al estadio cuando se topa con Eva, que lleva un par de patines en la mano.

—¿Qué significa eso? —pregunta, preocupado.

—Significa que en el Retiro prometiste que, si ganabas, me llevarías a casa a caballo con unos patines. Y, si no me equivoco, has ganado...

—¿Alguien se imagina a un capitán que no cumpla sus promesas? — pregunta Nico.

—¡En la vida! —contesta Fidu.

—¡En la vida! —repiten a coro Sara y Lara.

—Con amigos así, no hacen falta enemigos —comenta Tomi, resignado

—. Pero no dije cómo te llevaría. ¿Podemos coger el metro?

—Claro —conviene Eva—. Lo importante es que vaya a caballo encima de ti y llegue así hasta casa.

Los amigos se ríen con ganas.

—Me ofrezco voluntario para acompañarte, capitán. Escoltaré al campeón de Madrid —exclama Gaston Champignon, divertido por la promesa de su pupilo.



Media hora más tarde, el héroe de la final entra triunfalmente en el patio de la parroquia de San Antonio de la Florida patinando y con una bailarina a la espalda.

Como ya es tradición, el último acto de la temporada es una gran cena en el Pétalos a la Cazuela. La copa plateada brilla en medio de la mesa central del restaurante.

Durante la cena, los chicos hablan como descosidos de los planes para la próxima temporada. La buena noticia es que Champignon, satisfecho por el comportamiento de los chicos, ha decidido levantarles el castigo que les había impuesto y que les dejará volver a disputar la liga regional entre equipos de once jugadores...

—¡Menos mal! —se alegra Nico—. Pero ahora somos treinta jugadores. ¿Cómo vamos a montar un solo equipo?

—Podríamos formar dos —propone João—. No creo que mi abuelo Felipão quiera hacer de entrenador otro año. La última vez se quedó agotado.

—Y yo tampoco creo que mi padre quiera volver a entrenarnos —dice Tomi—. Este año ha tenido que renunciar a su banda de música de los tranviarios...

—¡O sea que Gaston Champignon podría volver al banquillo! —salta Becan.

—Os confieso que, si por mí fuera, volvería a disputar un campeonato como el de este año —anuncia Morten—. Nos hemos divertido un montón. Ha sido genial jugar tantos derbis y sería genial intentar arrebatar la copa a los Cebogoles.

—Tienes razón —contesta Rafa—. Con lo que nos ha costado ganarla...

—Sea como sea, chicos, tenemos todo el verano por delante para decidirlo —concluye Tomi—. Yo tengo algo claro: el año que viene quiero jugar en el mismo equipo que Sara. Este año me ha dado patadas como para dos años. Prefiero jugar contra César y los Escualos..., comparados con ella, ¡son como corderitos!

Sara responde fulminándolo con la mirada, hasta que se echan todos a reír.

¿Qué tipo de liga disputarán los Cebolletas la temporada que viene?

¿Volverá a entrenar Gaston Champignon?

¿Tendrán que vérselas otra vez nuestros amigos con los Escualos?

¿Seguirán siendo tan inseparables el Gato y Victoria?

Te contaré eso y mucho más en el próximo episodio.

¡Hasta pronto! O, más bien, ¡hasta prontísimo!

«¡Choca esa cebolla!»

EL DERECHO DE JUGAR AL FÚTBOL... ¡Y DIVERTIRSE!

A los Cebolletas, Gaston Champignon les recuerda siempre que la regla número 1 es divertirse, no ganar. Porque quien se divierte... ¡siempre gana!

Bueno, no es el único que piensa de esa manera: en 1992, en Ginebra, se redactó la *Carta de los derechos del niño en el deporte*. ¡Leedla bien y procurad que se respeten siempre vuestros derechos!

- 1 Derecho de divertirse
y jugar
- 2 Derecho de hacer deporte
- 3 Derecho de disfrutar
de un ambiente sano
- 4 Derecho de ser entrenado
y acompañado por personas
competentes
- 5 Derecho de entrenarse
según sus capacidades

- 6 ⚽ Derecho de competir con jóvenes que tengan las mismas posibilidades de éxito
- 7 ⚽ Derecho de practicar deporte con absoluta seguridad
- 8 ⚽ Derecho de disponer del tiempo adecuado de reposo
- 9 ⚽ Derecho de no ser un campeón



Gaston Champignon



LUIGI GARLANDO (Milan, Italia, 1962) es escritor y periodista, conocido por su trabajo para la *Gazzeta dello Sport*, donde ha cubierto grandes eventos como Campeonatos del Mundo de Fútbol o el Tour de Francia.

Además, Garlando ha publicado varios libros de literatura infantil y juvenil, siendo ganador de premios como el Cento o el Bancarella Sport.